

MANUEL PAYNO

BOSQUEJO BIOGRAFICO
DE LOS GENERALES
ITURBIDE Y TERAN

1232
18
395

343

F1232

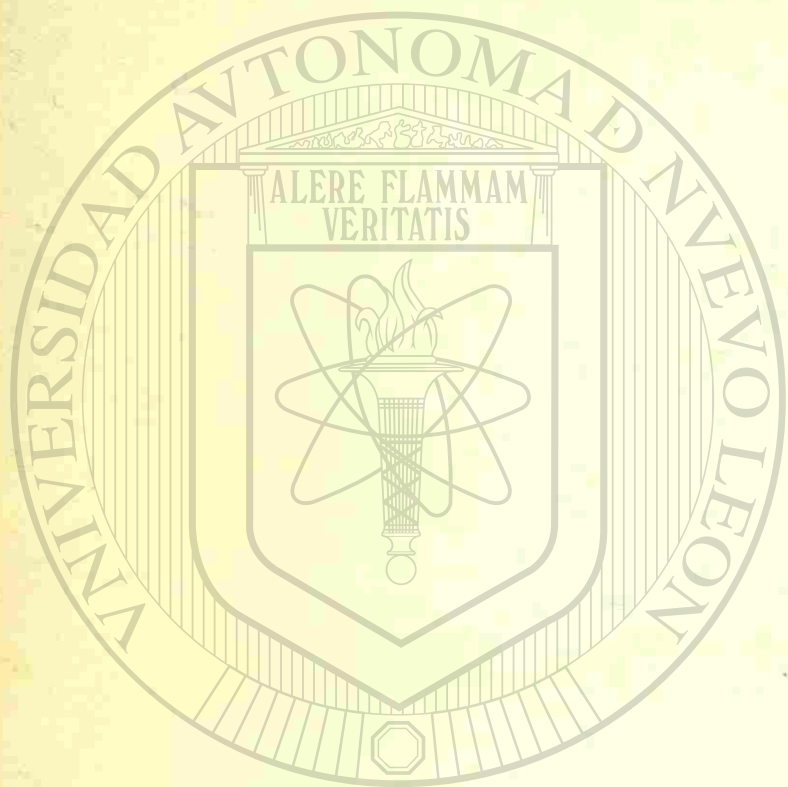
.I8

P395

10634



1020002152



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



106343

13

Maubert

*Escrito por
Maubert*

BOSQUEJO BIOGRAFICO ✓

DE LOS GENERALES

ITURBIDE Y TERAN,

ESCRITO POR

DON MANUEL PAYNO,

CON

NOTAS Y OBSERVACIONES

DEL

EDITOR.



MÉXICO.

Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes num. 2.

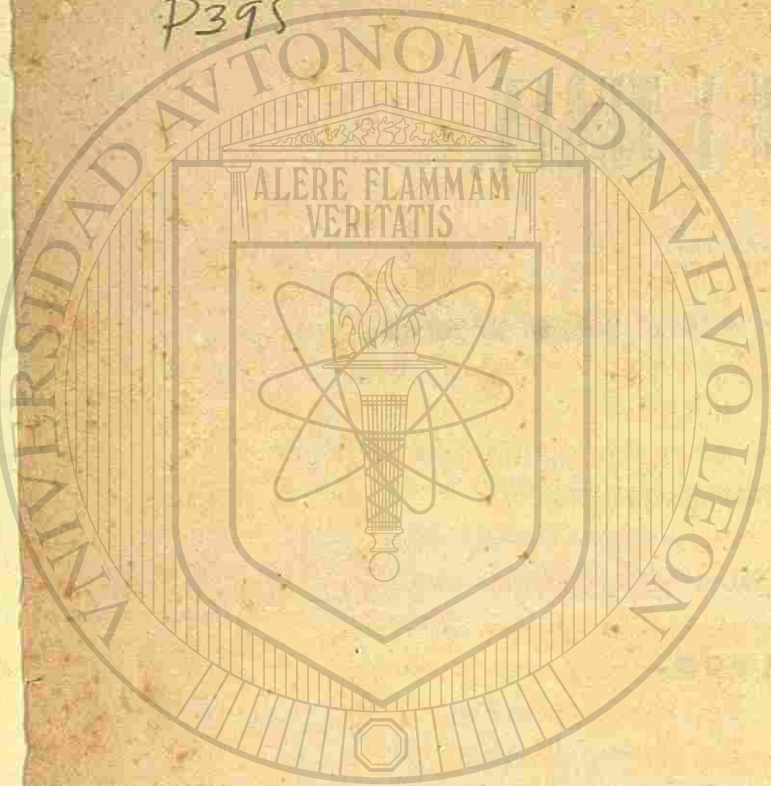
1848.



F1032

.I 8

P395



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



ESTE opúsculo tiene por objeto recordar á los mexicanos dos personajes célebres y de grande influencia en las revoluciones de nuestro país; ITURBIDE y TERAN. Los dos han desaparecido, de una manera funesta, de la escena turbulenta en que representaron papeles tan brillantes; los dos, aunque por diferentes direcciones, recorrieron una senda de gloria, y su fatal destino vino á unirlos en cierto modo, aprocsimando sus tumbas solitarias, y tiñendo con su sangre un mismo suelo. ITURBIDE que bajaba de un trono imperial, fué fusilado en Padilla; y TERAN, que quizá iba á subir muy pronto á la suprema magistratura de la nación, espiró tambien en Padilla, víctima de un suicidio lamentable. Las circunstancias que precedieron á estos dos tristes hechos de nuestra historia, se refieren en este opúsculo con muchos pormenores que hacen su relacion demasiado interesante.

El primer artículo relativo á la trágica muerte de ITURBIDE, se imprimió en el Siglo XIX, y habiendo escitado mucho la curiosidad, ha sido necesario reimprimirlo, por no haber bastado los ejemplares de aquel periódico para satisfacer el de-

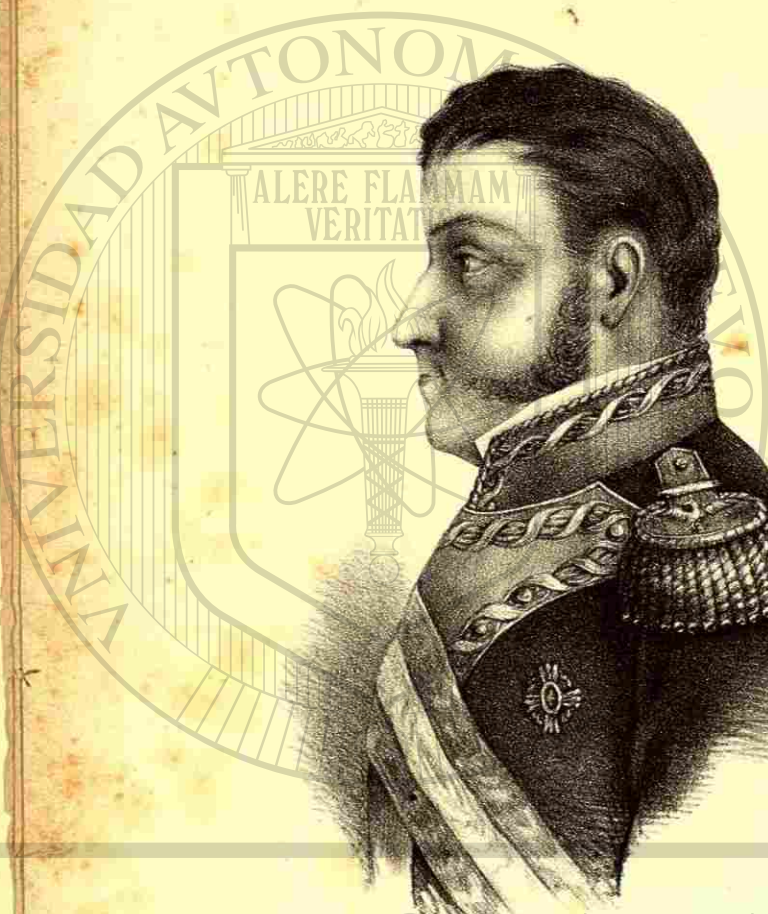
seo que muchas personas han manifestado de leer y conservar aquel artículo. Se le ha agregado una nota sobre los primeros proyectos que concibió el Sr. ITURBIDE para realizar la independencia, y así este artículo como el que se refiere al Sr. TERAN, se han adornado con los retratos de uno y otro gefe. Estamos seguros de la fidelidad de estos retratos, y de la esactitud con que han sido copiados.

En este opúsculo hallarán nuestros lectores una multitud de reflexiones filosóficas y de grande interes sobre las agitaciones políticas de nuestro país, y sobre la inmoralidad y corrupción que producen inevitablemente las revoluciones. ¡Quiera Dios que las vicisitudes políticas de México no presenten ya en lo sucesivo escenas tan atroces y sangrientas como la ejecucion del Sr. ITURBIDE, y el suicidio del general TERAN!..... Dos mexicanos que han perecido prematuramente y que habrían podido hacer todavía á su país servicios eminentes. La historia los juzgará con imparcialidad; nosotros, sus compatriotas y contemporáneos, no podemos hacer mas que lamentar sus infortunios, y legar á la posteridad estas páginas melancólicas que los mexicanos no podrán leer jamas sin conmovirse.

El Editor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL GENERAL DON D. AGUSTÍN DE ITURBIDE

DIRECCIÓN GENERAL DE



EL RIO-BRAVO DEL NORTE.

UN ASESINATO.

ANTES de salir del Departamento de Tamaulipas, es menester dar una ojeada á la parte del Sur del Rio-Bravo. Caminando por la costa, se encontrará desierto; despues, desierto; y luego, desierto, hasta Sotola-Marina, que es un puerto, que no es puerto, pues ni los buques pueden abrigarse de los vientos, ni la barra, que tiene solo de tres á cinco pies, permite que entren al rio mas que lanchas pequeñas.

Siguiendo toda la costa, va uno á encontrarse con Tampico. Eso es otra cosa: Tampico era el año de 29 un rancho despoblado; pero hoy, como por encanto ha brotado una ciudad, moderna, linda, por la construcción de sus edificios, por un rio ancho, hermoso y no tan solitario como el Bravo. Tampico es la Venecia de México, porque casi por todas partes está rodeada de agua; porque multitud de barcos la visitan, y porque no es extraño oír al pié de una ventana con cortinages de seda y tisú, los conciertos de una orquesta. Estos alemanes aun retirados de las orillas de su cau-

daloso Rhin, han de tocar las armonías de Mayerbeer y Mozar. Digo esto, para que se cercioren los lectores que estos conciertos de que hablo, no son obra de génios invisibles, sino de alemanes, rollizos y colorados, que tan bien tocan unas variaciones en el violin, como apuran una botella de southerna ó champaña. Tampico, pues, es un puerto visitado por los hermosos paquetes franceses, por los correos mensuales ingleses, por los vapores de la línea, y por buques de casi todos los puertos de la Europa. La aduana, bien ó mal administrada, segun las épocas y personas, nunca ha dejado de dar al gobierno general un año con otro, 2 millones y medio de pesos.

En cuanto á las villas del Sur que nombran Croix y Güemes, Padilla, Santander, San Fernando de Presas, en un renglon se pueden describir todas estas poblaciones, que fueron en un principio misiones, y que hoy no son nada, ni serán jamas; porque lo único que hay por sus contornos, son mulas de la casa de Sierra-Gorda, cuya estadística seria muy difícil que

aún el mismo dueño la diera, por la razón perentoria de que en lo general son tan trabajadores, tan industriosos y tan sabios muchos de nuestros ricos, que ni aun saben lo que tienen. Adelante; pasemos por estas poblaciones soñolientas, indolentes, perezosas, que consumen su débil existencia entre el fastidio y la ignorancia.—Pero, ¿cómo pasar sin decir algo sobre los dramas sangrientos que tuvieron lugar en este miserable pueblo de Padilla, y sobre una victoria que colocó una página de oro, entre las páginas de sangre de la historia de México? Singular destino! Pasemos por el sur de Tamaulipas, y veremos tres estrellas: una brillante y esplendorosa con el aura de la fortuna, colocada entre dos apagadas por el aquilón helado de la fatalidad; es decir, la victoria de Tampico entre la ejecución de Iturbide y el suicidio de Terán. El general que manda la república, y vive, entre dos generales que mandaron y murieron. Aunque son bastante conocidos en nuestra historia estos acontecimientos, por no faltar al plan que me propuse, de escribir cuanto supiera y tuviera relación con los Departamentos situados en la margen del Bravo, voy á decir cuatro palabras, que servirán para dar mas estension á un capítulo que de otra suerte hubiera terminado con la rápida descripción de Tampico.

Por los años de gracia del Señor 1808 y 1809, estaba en plena y pacífica posesión S. M. el rey de España, de Canarias y de Jerusalem, de sus largos y dilatados dominios de América. En cuanto á México, lo gobernaba como visorey el bueno y pacífico D. José de Iturrigaray, como recordarán los que tengan una regular memoria; pero no obstante su popu-

laridad y genio pacífico, los mexicanos que trascendieron que el gobierno de la metrópoli no andaba de lo mas bien parado á consecuencia de la invasión de Napoleon, procuraron también alborotarse por su parte, no sé si con miras de hacer la independencia de la Nueva-España. En este tiempo y guardando las cosas tal estado, se invitó á un capitán, nacido en Valladolid, para un movimiento contra el gobierno. El capitán era un muchacho que tenía los cascos á la gineja; pero valiente, bien plantado y mejor vestido, que causaba celos á mas de cuatro maridos, y traía con los cerebros vueltos á mas de cuatro muchachas.

—Estoy corriente en entrar en la revolución, dijo nuestro capitán; pero, yo he de mandar.

Los conjurados no quisieron, y entonces el capitán les dijo:—“Está bien, no me mezclaré; pero les pronostico que jamás harán nada sin mí.”

Esta fué una profecía que se cumplió, porque el capitán era nada menos que D. AGUSTIN DE ITURBIDE.

El año de 1810 se pronunció por la libertad el cura Hidalgo, y pereció. Despues el cura Morelos, y pereció. Despues otros, y perecieron también ó se indultaron. ¿Qué de matanzas, qué de sangre, qué de batallas perdidas y ganadas, qué de inocentes sacrificados, y qué de culpables y asesinos ensalzados! Fué esta una guerra horrible, cruel y bárbara por ambas partes, que duró once años; á cabo de los cuales, como al gobierno español le importaba cuidar su plata, su oro, su riqueza, su perla, en fin, mas querida, que era México, mandó batallones tras de batallones, cédulas tras de cédulas; y merced á esto y á la actividad y energía de los vireyes, el movimiento de independencia se apagó casi del todo, y la sangre y es-

fuerzos de los patriotas se creyeron perdidos para siempre.

El capitán Vallisoletano durante estos diez años de lucha, había hecho prodigios de valor por la causa de su rey. Tan pronto estaba en una parte como en otra, combatía en los puntos de mas peligro, caminaba muchas noches sin dormir y muchos dias sin comer, dormía en los barrancos, vivía en los montes, destrozaba de repente las gavillas de insurgentes, tomaba pueblos, se paseaba por las ciudades; en fin, era un hombre con un cuerpo y una alma de fierro, que parecía tener además el don de multiplicarse.

Por estos señalados y distinguidos servicios, le concedió el gobierno de su rey, el empleo de teniente coronel, y despues el de coronel.

Aconteció, pues, que en el año de 1820 vino el coronel á México, y como entonces todavía los guerreros tenían gran piedad y devoción por nuestro Sr. Jesucristo y la Santa Virgen, se resolvió á tomar los ejercicios de nuestro padre S. Ignacio, en la casa de la Profesa.

Entró en efecto el coronel, y viéndose solo en un cuarto, silencioso y oscuro, con las *Verdades Eternas*, *Tomas de Kempis* y las *Postrimerias del hombre*, reflexionó acaso por primera vez, despues de once años, en su vida, aventurera y turbulenta, en sus acciones y victorias, en sus crueldades é injusticias, en sus pasiones y desórdenes. Halló en efecto, que había cumplido como un buen soldado con su rey; pero que como mexicano, había combatido contra su madre la patria. Ocho dias de ayuno, ocho dias de disciplina, ocho dias de cilicio, una confesion general y una comunión, no bastaban para satisfacer á Dios y á su patria. Hay pecados por los cuales se necesita ir

como peregrino hasta Roma, para que sean perdonados; pero los del coronel eran mayores que éstos. ¿Qué hacer, pues? No lo acertaba, hasta que concibió una acción grande, muy grande, que lo reconciliara con Dios y con el mundo (*).

(*) El Sr. Pedraza en el manifiesto que publicó en Nueva-Orleans en 1831, refiere de este modo los planes que proyectó Iturbide para realizar la independencia. “Yo lo conocí, dice, en 1812 y frecuenté su casa los años 18 y 19; varias veces por accidente, hablamos acerca del estado del país; él no gustaba de la democracia, y nuestras opiniones discordaban: el año de 20, sea disgustado de la conducta que se había tenido con él; sea convencido de la justicia de la independencia, pensó en ella y se propuso declararse; entonces por qué sé yo que boberas ridículas, nuestra amistad estaba interrumpida, y el rompimiento había sido muy serio; por aquel tiempo fui nombrado por la provincia de México para las cortes de Madrid, y cuando iba á partir me encontré con él en la calle del Angel; iba yo con el Dr. Liceaga, cuando se me acercó y me dijo:—Tendrá vd. embarazo en esperarme á las ocho de la noche de hoy en esta esquina?—Le respondí que ocurriría sin falta, y nos separamos; á la hora convenida me dirigí al sitio señalado, él había llegado primero, me cumplimentó por mi puntualidad, con la gracia que le era genial, invitándome á que le acompañase; anduvimos un buen espacio en silencio, cuando me preguntó:—¿Qué juicio forma vd. del estado político de nuestra patria?—Se prepara, le contesté, un movimiento general, que importaría rectificar y conducir.—¿Vd. cree que yo sería capaz de hacer eso?—Mejor que nadie.—¿Y vd. me ayudaría?—En cuanto vd. me juzgue útil.—En esto remató nuestra conversacion, y quedamos emplazados para vernos al siguiente dia.” “En efecto, á las nueve de la mañana nos reunimos en mi casa, y entonces me comunicó el siguiente plan que tenía meditado. El inspector Linañ iba á ser nombrado gobernador de México y debía elegir ayudantes generales á Concha é Iturbide, quienes alternarían por semanas á ejercer sus funciones; en una de las que Iturbide estuviera de servicio, pensaba colocar alguna tropa de su confianza en la Ciudadela, depósito entonces de la artillería y parque, y pronunciarse por la independencia; mas para esto necesitaba una fuerza exterior, que correspondiendo á su plan, se acercara á la capital y se-

El coronel trabajó en la casa de ejercicios el plan de Iguala.

A pocos días salió para el Sur con una división destinada á combatir á Guerrero, ese patriota esclarecido que mantenía entre las montañas una leve chispa de libertad. En el Sur, muy lejos de atacar á Guerrero, le dió un estrecho abrazo y proclamó la independencia con solo ochocientos hombres, mientras el gobierno español contaba con once regimientos expedicionarios llegados de Europa, siete de veteranos, diez y siete de provinciales, y ochenta mil realistas. Las fuerzas eran desiguales; pero era precisamente una grande obra que había meditado, y nada de extraño había en esto.

Era un día, el 27 de Septiembre de 1821, puro y diáfano en que brillaba el sol en todo su esplendor, y los árboles, las praderas y campiñas de México, aun no habían perdido su esmalado verdor. En este día todas las

cundase el movimiento; y á este fin había puesto los ojos en el coronel Armijo, general después de la república y entonces comandante de la primera división del rumbo de Acapulco; yo debía pasar á Chilpancingo, en donde Armijo residía, para determinarlo á adoptar el plan y hacerle acercar á Cuernavaca. Tal fué el primer proyecto de independencia de México, que no tuvo efecto por mi obstinada oposición; le hice ver á Iturbide lo indigesto del plan, la ligereza de confiarlo á Armijo, que estando mal con el virey, aprovecharía la ocasión de acreditarse á nuestra costa, y concluí diciéndole, que en mi opinión el movimiento debería de comenzarse de la circunferencia al centro, y que la ocupación de la capital sería el último paso de la empresa: conformóse con mi dictamen, y desde ese momento se pensó en que saliera á ponerse al frente de alguna fuerza armada, y en relacionarlo con los gefes que yo conocía, y de quienes se podía tener confianza: para lo primero, pasó á los dos días á presentarse al virey, quien siempre que lo veía le manifestaba el deseo de que saliese de la oscuridad en que estaba; así fué que en aquella vez el bendito Apodaca le hizo la insinuación de estilo; Iturbide se le ofreció,

gentes salían de sus casas, y el pueblo estaba apiñado en las calles, en las azoteas, en las torres, en las plazuelas. Era un hermoso día por cierto, el primero después de trescientos y pico de años, en que se respiraba á la vez el perfume de las flores y el aura de la libertad.

Entró por la garita de Chapultepec, primero un inmenso número de mujeres y paisanaje, después un cuerpo de caballería, después el generalísimo, en un arrogante caballo, rodeado de su estado mayor, después regimientos de caballería y de infantería, cañones, carros y mulas de carga. El ejército trigarante se componía de cerca de veinte y cinco mil hombres. Ese día las madres abrazaron á sus hijos, los hermanos á las hermanas, los esposos á sus esposas, porque el espíritu de independencia se había difundido desde las chozas del ignorante hasta las cátedras de la filosofía, desde la casa del artesano hasta los

y el virey que deseaba un gefe que reemplazase á Armijo, en el acto le confirió el mando de la división de Acapulco: Iturbide aceptó y por mi consejo le pidió el batallón de Celaya de que era coronel: dando este paso importante, le formé una noticia de las personas influyentes del territorio que iba á mandar, combinamos una clave de inteligencia para escribirnos, y le di unas pequeñas esquelas para Parres, Echavarrí, Bustamante, Anastasio Roman de Teloloapan, y Arce de los Llanos de Apam.

Ya entonces el plan había cambiado de hecho, y estaba reducido á que los diputados que marchaban á España, se reunieran en Veracruz, y que allí se constituyesen en congreso nacional, bajo la protección de Iturbide, que debía pronunciar-se en el Sur simultáneamente con los diputados en Veracruz: convenidos en esto, él marchó para Cuernavaca y yo para Puebla; en el camino comuniqué el proyecto á Molinos del Campo y González Angulo, mis compañeros de viaje; en Puebla trabajamos con poco éxito; casi fué lo mismo en Jalapa; en Veracruz nos vimos altamente comprometidos; los diputados deseaban la independencia, pero querían que cayera del cielo; hubo hom-

palacios de los ricos; así que, había en las filas del ejército trigarante, colegiales, licenciados, médicos, artesanos, plebeyos, nobles, ricos y pobres. Los vencedores fueron saludados por la voz de las campanas de las iglesias, por los vivas del pueblo, por los pañuelos de las hermosas, por las lágrimas de los viejos mexicanos; en una palabra, por el regocijo general. Después de esa época México no ha vuelto á tener otro día de tan completo gozo.

El capitán de 1809, el coronel rea-

bre que al oír el proyecto de emancipación, se embarcó al día siguiente, creyendo que la tierra se hundía bajo de sus pies; de todo informaba yo á Iturbide, y él apresuraba sus preparativos para acertar el golpe: los pasos que dábamos Molinos del Campo y yo, no pudieron estar ocultos al gobierno; cada día nuestra situación se volvía mas difícil: pensamos una mañana marcharnos á unir con Iturbide; pero nos detuvo la reflexión de que nuestra fuga de Veracruz, podría tal vez alarmar al virey y frustrar los proyectos de aquel; nos resolvimos, pues, á embarcarnos para la Habana, en donde esperábamos que nuestras ideas fuesen bien recibidas, y nuestras personas disfrutasen de seguridad; tal era el concepto que tenía-mos de la buena disposición de los haba-neros á la independencia; pero fuimos desengañados á nuestro pesar, y tuvimos que pasar á Europa, mas bien para librarnos de la persecución, que para negociar en Madrid en favor de nuestra causa.

Iturbide al despedirse de mí para ir al Sur, me ofreció de la manera mas solemne, que tan luego como lograrse la Independencia, haría un manifiesto á los pueblos espositivos que el haber llamado á los Borbones al gobierno de México, había sido una medida de política para que ciertamente no estaba facultado; pues el derecho de constituirse residía en la nación y solo en ella; que escitaría la convocatoria de un congreso y se retiraría á su casa, pero la victoria lo sedujo; Iturbide que en la adversidad habría sido otro Regulo, no pudo resistir los ataques de la prosperidad; y aquel hombre que en la campaña imitó á los héroes, en México cayó en las flaquezas mas vulgares.

Yo llegué á la capital en vísperas de la coronación; un amigo me llevó á ver al emperador; este me recibió con la mejor

lista de 1820, era también el generalísimo de 1821, que acabó en menos de un año la obra comenzada por Hidalgo en 1810. No sé si se acordaría el generalísimo de la profecía que había hecho el capitán doce años antes.

Si los soldados reflexionaran que la fuerza se nulifica ante el talento, y que las obras que comienzan los hombres de armas, las concluyen ó trastornan los hombres de ideas, jamás se mezclarían en otra cosa que en conservar la paz. Esto no es una profecía, es un hecho que hemos visto re-

cordialidad, hablamos dos horas ó por mejor decir, dos horas duró la historia que me hizo de los sucesos desde nuestra separación; yo le informé de las cosas de Europa, del concepto que había ganado en Francia como libertador, y de España en particular; y aunque respetuosamente le recordé su promesa solemne y la infracción, Iturbide mudó de color, balbució las disculpas de rutina, hizo mérito de la necesidad, no olvidó la razón de Estado, y nuestra conversación terminó con embarazo de ambos, quizá me escedí en afearle su conducta; sin embargo es menester confesar en honor suyo, que mis convenciones no le irritaron, y que su alma aun estaba esenta de la susceptibilidad propia de los poderosos....

El Sr. Iturbide salió desterrado de la patria, y al año de su salida volvió á ella y fué fusilado. México perdió un buen general á quien le debió su ser político y su independencia; Iturbide cometió errores á que lo impulsaron los que se llamaban sus amigos; cuando fui comisionado por él para proponer las capitulaciones, me dijo con el acento de la verdad que nunca engañó; diga V. á Negrete qué cuanto he hecho ha sido por su consejo; á con su aprobación; jamás olvidaré este remarcable mensaje.

La muerte de Iturbide se quiso apoyar en una ley que no pudo comprenderle, por que no había tiempo para que la supiera; ley de proscripción de que se abusó enormemente: su vuelta de Europa para mí, hasta hoy es un misterio; sin que fuese llamado no es creíble que hubiera dado un paso tan impertinente y avanzado. Iturbide tuvo todas las cualidades que distinguen á los hombres grandes; si hubiera amado la libertad habría sido un héroe. México algún día honrará sus cenizas. *Sum cuique decus postscriptas rependit.*

petido en estos últimos días. Pero, no hablando de éstos, sino de aquellos tiempos, vuelvo á mi cuento.

Terminadas las fatigas de los *hombres de armas*, comenzaron las *fatigas de los hombres de ideas*. Se instaló la asamblea constituyente, y comenzó sus tareas el pensamiento.....

Muchas cosas pasaron hasta las nueve y tres cuartos de la noche del 18 de Mayo. A las diez, cierta parte del pueblo seducida por unos cuantos salió de sus barrios, tomó unas hachas de brea y unas cañaveras, y se embocó hasta las calles donde vivían los diputados de la asamblea constituyente, gritando: *Viva el emperador, viva Agustín I, mueran los traidores*. Ese mismo pueblo quería también hacer algo por su parte, y efectivamente en la noche corrió por las calles, tiró cohetes, encendió luminarias, bebió aguardiente, y concluyó con irse á dormir en tranquilidad, después de haber proclamado un rey.

Bien haremos en notar ahora una cosa. Los *hombres del pensamiento* no son á veces los mas valientes, así es que cuando los *hombres de armas* se atufan, los primeros suelen plegar las alas y esconderse. Esta no es tampoco una profecía sino un hecho, y tan cierto, cuanto que en la época de que hablo, como el ejército aun amaba al que lo habia conducido por enmedio del triunfo y de la gloria, apoyó la festiva idea del pueblo; los opositores callaron, y el generalísimo fué nombrado emperador al día siguiente.

En esta vez tambien sonaron alegres las campanas; tambien se iluminó la ciudad, y el órgano y los músicos de la catedral, los sacristanes, los bedeles y los canónigos, que es buen decir, estuvieron en perpetuo movimiento y actividad, y era muy en ra-

zon, puesto que se consagraba S. M. imperial Agustín I.

El pueblo, que le gusta divertirse con espectáculos nuevos, se agolpó en la catedral. Algunos chicuelos se sofocaron, algunas embarazadas malparieron, á algunas viejas les dió dolor de costado; pero esto nada importa, el pueblo empujado por los centinelas, azotado por el perrero, desafiado por los grandes de esa corte improvisada, se retiró contentísimo, con su rey valiente, con su rey rubio y bien parecido, con su rey libertador, con su rey humano y popular. En el momento de la coronación, puede afirmarse que habia una simpatía sincera, íntima, profunda, entre el emperador y el pueblo. Dergraciadamente ambas simpatías duran menos que una mariposa, menos que una flor.

No habia trascurrido un año, cuando el emperador, que no podia saciar tantas grandes y pequeñas ambiciones; que no podia acallar las murmuraciones ni curar las fiebres de cerebros, llenos mas de orgullo y presunción que de saber, abdicó la corona, y el capitán de 1809, el coronel de 1820, el generalísimo de 1821, y el emperador de 1822, era el 19 de Abril de 1823 un preso infeliz á quien habian perseguido los españoles, engañado sus amigos, traicionado sus adictos, y olvidado sus soldados y su pueblo. La nación que él hizo libre lo arrojaba de su seno, porque su conducta habia dejado de ser justa. ¡Lecion enérgica para los ambiciosos! Tan cierto es que la adulación cambia los mejores sentimientos!

El pueblo, dicen los historiadores, sintió algo á su rey; pero el hecho es que por la noche se retiró á descansar tranquilo y satisfecho como el día en que lo proclamó.

En cuanto al emperador, como hizo juramento de no derramar en lo su-

cesivo una sola gota de sangre, se dejó insultar y arrojar de México. Muchos lo acusan de debilidad, yo creo que el no haber quebrantado su juramento y preferido su sacrificio al de sus conciudadanos, es un mérito que dió cima y lustre á la grande obra que comenzó al meditar el plan de Iguala.

Véamos ahora las cuestiones que se caen de su peso. ¿Subió Iturbide al trono porque así lo deseaba, ó por contentar al pueblo y á sus amigos? ¿Creyó Iturbide que efectivamente el pueblo lo proclama rey, ó que solo era obra de las maquinaciones de sus adictos? ¿Pensó Iturbide en lo poco que dura el favor del pueblo, y lo mucho que puede la envidia de los que no siendo héroes tampoco son pueblo? ¿Fué malo ó bueno su corto gobierno? Si hubiera durado en el poder todo el tiempo de su vida, ¿cuál hubiera sido su carácter? A ninguna de estas cuestiones me atrevería yo á responder, y simple narrador de lo que me han contado, me limito á decir que el día 11 de Mayo de 1823, en que se embarcó Iturbide en Veracruz, no era ya ni capitán, ni coronel, ni generalísimo, ni emperador, sino solo un hombre desgraciado. Bajo este aspecto es digno de tanta veneración, como cuando se le considera libertador de México; porque me avanzo á creer que la desgracia debe ser mas respetada que el poder y que la gloria.

Pero nos habríamos muerto de dolor si hubiéramos podido seguir los pensamientos del desterrado, durante esos días eternos y silenciosos que se pasan en el Océano; silenciosos porque no se percibe ese raquítico y loco bullicio del mundo. En el Océano solo habla Dios, solo escucha Dios, y solo protege Dios; ni la amistad, ni las riquezas, ni la sabiduría tienen poder en medio del Océano. ¿Quién sa-

be si cada bordada del barco seria para el desterrado una emoción de alegría, puesto que se alejaba de una patria ingrata que no lo habia sabido conocer, y que lo premiaba con el ostracismo! ¿Quién sabe si en las oleadas que se deshacen y se pierden, veria la semejanza de una turba de aduladores, que con la miel en los labios y el veneno en el corazón, cercan los palacios, las casas y hasta las cocinas de los grandes. Bien desgraciados y bien *pequeños* son esos *grandes*, que nunca oyen una sola palabra de verdad, que tienen cegados los ojos con una nube de cortesanos que les impide ver la miseria de su pueblo, que tienen los oídos de sobra, puesto que los centinelas y magnates, no dejan acercarse al desvalido que pide justicia! Y no nos cansemos, esta es una ley del mundo, aunque bien fatal, que no ha tenido sino muy pocas escepciones en ninguna época ni en ningún país.

El desterrado atravesó, pues, el Océano y llegó á Italia, otra tierra como México, de cielo azul y de verdes campiñas; pero ¡por ventura vió allí las madonas de Rafael y Leonardo de Vinci, las estatuas de Miguel Angelo y Donatello, la arquitectura de Brunellesco y de Giotto! Probablemente estaba tan ocupado de sí propio, tan agobiado con su historia, que veria la tierra de Italia, los edificios y las pinturas, como apariciones mentirosas y fantásticas de un pesado sueño. En efecto, su triunfo, su reinado y su destierro, fueron solo una fatigosa transición y un ensueño de gloria y de dolor.

En 20 de Noviembre de 1823 se embarcó en Liorna, con dirección á Londres; pero una fuerte tempestad lo hizo regresar al puerto. Si Dios se digna dar á los mortales algun aviso para que eviten su desgracia, fué éste sin duda el caso en que Iturbide de-

bió haber permanecido quieto en Italia; pero lejos de eso "emprendió su camino por tierra, atravesó rápidamente el Piamonte; en lugar de tomar por Francia se dirigió á Ginebra y siguiendo por la orilla derecha del Rhin, entró por los Países-Bajos; y embarcándose en Ostende, llegó á Londres el 31 del mismo mes."

Los hombres que de alguna manera han figurado y recibido consideraciones en su patria, aunque ésta se componga de pueblo inculto, de aristocracia ignorante y de mezquinas chozas, no pueden avenirse á vivir errantes, aislados y confundidos entre la multitud, en un país extranjero, aunque este país se componga de pueblo ilustrado, de sabia aristocracia, y de palacios de mármol. He aquí la razón por qué todos nuestros hombres públicos lanzados al extranjero por las revoluciones, han vuelto á México, y por qué Iturbide se dispuso á regresar, entrando también en su cuenta que podía aun servir de algo, á fin de que el país inquieto y mal constituido no fuera á perder su independencia.

En una mañana calorosa del mes de Julio de 1824, estaba el Sr. general D. Felipe de la Garza en una pieza de su casa de Soto-la-Marina, recostado en una hamaca que pendía de los extremos de las paredes, con un pie hacia empuje en el suelo para mecerse, y con la mano contraria intentaba, unas veces asirse de una tosca mesa de madera, y otras espantaba los mosquitos que se paraban por sus romas narices y abultados mofletes. Esta diversion duró hasta que abrió la puerta un personaje alto, flaco, vestido con unas calzoneras de gamuza, unos vaquerillos negros y un sombrero tendido, que con voz áspera dijo:

—Compadre, buenos días.

—Hola, compadre Juan, qué negocios te traen por aquí á estas horas, que está el sol como una ascua ardiendo?

—Cierto que sí, compadre Felipe; pero venia á decirte que las gentes del pueblo aseguran que en el puerto está un buque de donde han desembarcado unos oficiales que se fueron desterrados con D. Agustín.

—¿Qué, D. Agustín? (interrumpió Garza).

—Estamos frescos, compadre, D. Agustín Iturbide, el emperador.

Garza se levantó bruscamente y dió unos cuantos paseos por la pieza, entretanto el compadre Juan puso una pierna sobre la otra y comenzó á despellejar sus toscos zapatos.

—¿Con que eso dicen compadre? —No solo lo dicen, sino que todas esas viejas verdes están ansiosas de ver al emperador, porque es muy buen mozo.

Los ojos del compadre Felipe brillaron con indecible alegría, y continuó diciendo:

—Bueno, muy bueno; tendrémolos cerca de nosotros al emperador.

—Pero si no viene, compadre.

—Maldita sea tu lengua. Eres mas bruto que una mula mestefa.

—Conozco qué soy bruto, contestó el compadre Juan; pero también creo que de pocos días á esta parte te has vuelto muy sordo, pues solamente te he dicho que unos oficiales han desembarcado.

—¿Y dónde están esos oficiales?

—Sepalo el diablo.

—Con todo, yo debía haberlo sabido primero que nadie. Vuella, compadre; recorre todo el pueblo hasta que encuentres el alojamiento de esos oficiales, y traeme noticias mas ciertas.

—Te diré, Felipe, que hace mu-

cho sol, y será mejor dejarlo para la tarde.

—No, no; importa mucho que yo sepa ahora mismo si es verdad lo que me dices. Corre; y si traes buenas noticias, beberémos un buen vaso de vino.

El compadre Juan seguía sin embargo despellejando muy tranquilo el cuero de sus zapatos, cuando un criado entró á decir que un extranjero buscaba al Sr. general Garza, el cual arregló su camisa y pantalones, que estaban en el mayor desorden, y mandó al criado que introdujera al recién venido. En efecto, á poco momento se volvió á abrir la puerta, y se dejó ver un hombre de buenas facciones y gallarda presencia, que se dirigió con los brazos abiertos á Garza, con muestras de una vivísima alegría, exclamando:

—¡¡General!!!... Qué famoso y qué robusto encuentro á V.

—Garza lo abrazó también con señales de placer y ternura, contestándole:

—¡¡Coronel!!!—Bien venido sea V. á esta casa, puesto que también llega con salud. Siéntese V., que tenemos mucho que hablar. Arrimó una silla para el coronel mientras él se sentó en la hamaca, y continuó: Conque, dígame V. ¿que santo ha hecho el milagro de traer á V. tan pronto por su patria adoptiva?

—Qué quiere V. general al pedazo de tierra donde ha hecho uno sus campañas, tiene recuerdos que no se pueden borrar; y una patria adoptiva se ama á veces con mas ardor que la tierra natal.

—La verdad, yo me figuré cuando V. se embarcó, que jamás volvería á México.

—Pues ya me ve V., general, y con verdad le digo, que á pesar de lo triste y melancólico de las playas de

México, las he vuelto á ver con cierta alegría.

—¿De veras, coronel? Y á propósito—¿Cómo ha dejado V. al emperador?

—Está.... está triste y deseando....

—¡Ah! ¿con que lo dejó V. en Europa?

Oh, sí, en Europa, por supuesto (contestó con vivacidad el coronel).

—¿Y piensa venir?

—Es natural que tenga siempre en su pensamiento á México. Creo que V. en su caso no se conformaría con morir en una tierra extraña.

—Ciertamente que no, interrumpió Garza con una voz compungida; y mucho mas si pudiera aun servir de algo á mi país, como el Sr. Iturbide.

—Con que V. cree, contestó el coronel, que el emperador podría servir todavía á México?

—Por supuesto. Desde que se fué todo se ha vuelto desunión, discordia y desorden; y yo juzgo que su presencia sola, bastaría para reunir la opinión, consolidar el gobierno, y afianzar para siempre la independencia.

—Así se lo han escrito á Londres muchos de sus amigos; pero ha temido que el partido de los borbonistas y republicanos se subleve en su contra y....

—¡Tontería! ¿Qué podrán unos cuantos miserables contra todo un pueblo?

—Si V. viera, general, lo abatido, lo melancólico que está continuamente el emperador. ¡Oh! es un hombre que ama de veras á su país, y que le duele en el alma que sea desgraciado.

—Lo creo así, coronel, y ya digo á V. que no teníamos mas remedio, sino que viniera, para que confundiera también á tanto ingrato. Garza se limpió los ojos con su pañuelo, y el coronel que lo observó, acercó su silla, y le dijo.

—Pues bien, general; veo que es V. uno de los amigos sinceros del emperador, y deseo confiarle un secreto. Garza hizo una seña al compadre Juan, y éste salió de puntillas y cerró con tiento la puerta. Garza contestó:

—Estamos ya solos, y puede vd. decirme su secreto, en el concepto que mi influjo, mi espada, mis bienes, todo está á disposicion del emperador, de ese hombre desgraciado que desterraron tan injustamente unos cuantos ambiciosos.

El coronel se aseguró de que nadie los escuchaba, y acercándose al oído de Garza, le dijo:—El emperador está á bordo del bergantín en que yo vine, que permanece anclado frente de la barra.

Garza dió un salto, y desencajó los ojos; pero reponiéndose al instante, continuó: Coronel, es vd. muy indiscreto en darme tan de golpe una noticia tan plausible. Bueno, muy bueno; el emperador tiene muchos enemigos, pero aquí lo defenderemos..... vamos, estoy loco de alegría, y esta noticia merece que bebamos un vaso de vino. Esto diciendo, sacó de una alacena dos grandes vasos, los cuales llenó de vino, y tomando uno, y dando el otro al coronel, bebieron ambos por el feliz arribo á México de S. M. I., el emperador D. Agustín I.

Los ríos parece que no solo tienen la facultad de abonar las tierras vecinas y hacer crecer lozanos y bellos los árboles y plantas de sus orillas, sino tambien de crear, por decirlo así, bajo el influjo benéfico de sus aguas, ciudades ó pueblos alegres, fértiles, poblados y abundantes. Por una anomalía inexplicable no sucede así con Padilla, que á pesar de tener en sus orillas un río cristalino, acariciado por

las flexibles ramas de los sauces y áramos, siempre ha sido un pueblo trisísimo, ceniciento y melancólico. Padilla, pues, no viene á ser mas que un reptil inmundo, que vive y vegeta entre la humedad y los matorrales de su transparente y poético río. Esto no obsta para que en la época de que vamos hablando, fuera capital del Estado libre y soberano de Tamaulipas, y tuviera por consecuencia su congreso, su palacio, sus guardias cívicas, sus casas consistoriales; creo, y es natural, que hasta su tribunal superior de justicia, &c., &c. Todo era por supuesto una miserable parodia de gobierno y de ciudad; pero dejemos esto á un lado, y sigamos con nuestra narracion.

Un día, creo que el 16 de Julio de 1824, los pocos habitantes de Padilla estaban agrupados en la puerta de una casa baja de piedra que llamaban el palacio, donde acababa de entrar un hombre de buen parecer, pelo rubio y ojos azules, acompañado del coronel y del general á quienes hemos visto platicando en Soto-la-Marina. El reducido número de gentes que permanecían agrupadas en el dicho palacio y en la plaza, estaban por demás alegres y gozosas con la llegada del nuevo personaje, y ya se debe suponer que las viejas lo bendecían, las muchachas tenían ganas de verlo muy de cerca, y los chicuelos importunaban á sus madres con preguntas. Pero dejemos tambien á estas buenas gentes con su regocijo y con su curiosidad, y entremos un momento á un cuarto reducido, é iluminado por la escasa luz de una claraboya donde estaban los personajes de que se trata. El de pelo rubio estaba sentado al lado de una mesa, en un grande y tosco sillón antiguo; el coronel permanecía detras, apoyado un brazo en el respaldo de la misma silla, y el compadre

Felipe en pié con una cara entre halagüeña y respetuosa. Fué este último el que habló.

—Desearia saber si S. M. no tiene algo que ordenar á su antiguo amigo y servidor.

—Ya dije á vd., general, que lo único que queria era repetirle mis agradecimientos por sus finezas, y particularmente por haberme otorgado la confianza de que mandara yo la escolta que nos condujo del puerto á esta ciudad.

—En cuanto á eso no cumplí mas que con un deber. Cuando estaba á mi lado un emperador, yo, simple brigadier, no tenia mas que obedecer.

Iturbide sonrió ligeramente, y dijo:—De las palabras que acaba vd. de decir, la mitad son mentira y la otra mitad verdad.

Garza se puso pálido.

—No hay que asustarse, prosiguió Iturbide. Voy á explicarme. Ha dicho vd. que soy emperador. Esto es mentira, pues no soy mas que un pobre hombre que deseo servir á mi patria, y nada mas. Ha dicho vd. que es brigadier. Esto es verdad, pues que hasta ahora no ha tenido vd. la desgracia de que lo destierren ni le priven de los honores que ha adquirido con su espada.

Garza se tranquilizó y contestó.—Es S. M. bastante ingenioso, y no se le acaba ese humor alegre que siempre ha tenido.

—Vea vd., amigo mio, siguió Iturbide embutiéndose en la enorme silla; si yo estuviera realmente persuadido que mis paisanos me aman, agradecen y aun quieren mis servicios, seria una recompensa mas espléndida para mí que la corona. Esto me volveria mi buen humor, haria olvidar absolutamente algunas épocas, que por mas cortas que hayan sido, han

pesado sobre mis hombros como una eternidad entera.

—¿Y quién duda que los mexicanos aman á su libertador? Y sobre todo si algunos enemigos obstinados é ingratos se atreven á oponerse, ya tengo dicho al coronel Beneski, que está delante, que mi espada, mis bienes, mi vida, todo está á disposicion de....

Iturbide no lo dejó acabar, sino que se puso en pié, le estrechó suavemente la mano, y le dijo:—Gracias, gracias, general, es vd. muy generoso; pero yo no quiero aparecer en México con la tea de la discordia, sino con la oliva de la paz. Hablarémos sobre esto mas despacio, y Dios mediante, todo se puede arreglar con calma.

Garza se inclinó profundamente y se despidió del emperador. Al salir dijo al oficial de guardia: “El emperador no deberá salir de ese cuarto, y hago á vd. responsable de su persona. Es menester tomar estas precauciones para evitar un atentado de parte de los enemigos de S. M.” El oficial se tocó el sombrero, y Garza se retiró lentamente.

Al día siguiente Iturbide quiso salir de la puerta de su cuarto; pero el centinela le dijo sin duda, lo que el recluta á Napoleon: *On ne passe pas quoiqu'on soit le petit caporal.*—Tres días pasaron así. Iturbide no sabia qué pensar de esto.

El día 19 entró Garza al cuarto de Iturbide con un semblante sereno, tranquilo, indiferente, saludó con una leve genufleccion, tomó asiento, y se puso á jugar con una orilla de la carpeta de la mesa.

Iturbide correspondió el saludo, y le dijo:—Muchas ocupaciones habrán rodeado á vd. cuando no ha venido para que tratemos de tantos y tan delicados asuntos.

—Un solo asunto tenia yo; lo he

concluido, y ya me tiene S. M. para anunciarle el resultado.

—Veamos, qué asunto es ese.

—En México han declarado al emperador fuera de la ley, y el congreso de Tamaulipas en sesión plena ha decretado que esa disposición se debe cumplir. En consecuencia, dentro de tres días deberá S. M. subir al patíbulo.

Iturbide se puso pálido; pero pasado un momento respondió.

—General, la amistad, no autoriza á vd. para usar esas chanzas, y yo mando á vd. que deje ese lenguaje y se disponga á tratar seriamente sobre los asuntos que conciernen al bien de la patria.

—Emperador, yo respondo á vd. que nunca he usado chanzas con nadie, y que lo que digo á vd. no es mas que la verdad. Así, pues, todos los asuntos que restan á vd. es disponer su alma, que en cuanto á la patria no desea quien se interese por ella, ni quien la defienda.

Iturbide se mordió los puños de rabia, y con el semblante encendido y una voz de trueno exclamó:

—¿Conque eso han hecho los traidores? ¿Conque el congreso de Tamaulipas se erige en juez? ¿Conque el amigo que hace poco me ofrecía su espada, es ahora mi verdugo? Por todos los santos del cielo dígame vd. la verdad, general, porque lo que acaba vd. de decir ó es una impostura, ó es una obra infame de Lucifer.

Garza tembló; pero echando la vista á los centinelas, recobró su sangre fría y respondió:

—He dicho la verdad, y creo que el emperador me ahorrará el trabajo de repetirle que está condenado á muerte.

—Emperador! exclamó Iturbide. ¿Y por qué añade vd. al crimen la burla? ¿Por qué combina vd. estas dos

palabras de emperador y de muerte? Pero yo apelo al mundo entero de esta sentencia, porque yo ignoraba la ley, y porque los legisladores no pueden ser jueces.

—Como está vd. reducido á este cuarto y custodiado por centinelas fieles, el mundo no oír la apelación de vd., y la ley se cumplirá.

Iturbide inclinó la cabeza con profundo desconsuelo, y prosiguió con una voz persuasiva:—General, es verdad que el mundo no oír mi apelación; pero vd., que es mexicano evitará una mancha á su patria, porque no lo dude vd., cuando á un hombre que ha hecho servicios se le mata tan bárbaramente, es una infamia.

—La ley lo manda.

—Yo no soy un traidor, general. ¡Imagina vd. que yo destruyera la obra de mis manos! ¿Que yo hiciera esclavo á un pueblo á quien le quité las cadenas? ¡Oh! no debo morir!

—La ley lo manda.

—Cuando conocí que la paz peligraba, que la sangre mexicana iba á correr por mi causa, me acordé que en la santa casa de ejercicios había jurado ante el Dios Crucificado, no derramar ya una sola gota de sangre. Por cumplir mi juramento, arrojé el manto, el cetro y la corona, y me lancé solo y aislado en medio del Océano, llevando por único tesoro, mis servicios y mi buena fé. Un hombre que da estas pruebas no debe ser asesinado como un bandido.

—La ley lo manda.

Llegué á Europa. Encontré en esas cortes bulliciosas y alegres solo fastidio y melancolía, porque el recuerdo de mis compatriotas envueltos en las discordias, destrozaba mi alma y pesaba sobre mi corazón. Fui en estas circunstancias invitado por mis amigos para calmar los ánimos, para ver si conseguía darles otro tesoro

que les faltaba, que era la paz, y me encuentro con un patíbulo que reclama mi cabeza. ¿Es justo esto?

—La ley lo manda.

—General, vd. podía salvar á mi pobre familia concediéndole la vida de su padre. Esta acción estoy seguro que el cielo la recompensaría.

—No puede ser. La ley manda que sea vd. fusilado.

—He dicho á vd. que yo ignoraba tal ley. Disponga vd. que me reembarque, y prometeré no volver jamás al país. Haga vd. una obra de piedad con un desgraciado, ó ¿es preciso que muera?

—La ley lo manda.

—General, gritó Iturbide frenético. Maldito sea vd. y la tierra en que vió la luz. Es vd. una hiena, y no un hombre. Suplico á vd. que olvide que he implorado su compasión. Bien, muy bien, puesto que no hay remedio, moriré con valor, con orgullo, y conservando hasta el último momento la enorme distancia que hay entre vd. y yo; es decir, entre el inocente y el verdugo; entre el libertador y el asesino. Vamos, general, levante vd. los ojos, no tiemble, míreme de frente sin temor.

Garza tembló y bajó la vista: entonces Iturbide le apretó la mano fuertemente, y le dijo:—Gracias, gracias, general; es vd. muy infame y muy vil. Garza salió desconcertado; pero pasadas unas cuantas horas Iturbide le mandó suplicar que le concediese una entrevista de diez minutos. Garza tuvo valor de ponerse en presencia del emperador. Este con voz dulce le dijo:

—General, he llamado á vd. para pedirle perdón. Hace un momento tenía, según creo, una especie de delirio, y he proferido palabras injuriosas. Veo que mi suerte está trazada por la mano del que es dueño de las

coronas y de los imperios, y que los hombres no son mas que instrumentos de su justicia. Muchas faltas he cometido en mi vida, y Dios tiene infinita misericordia de mí, castigándome en el mundo para perdonarme en la eternidad. En cuanto á vd., general, no hace mas que cumplir con la ley, y lo perdono.

Garza salió sin proferir una palabra, é Iturbide se puso á escribir y á implorar el perdón del Altísimo.

Como el pueblo amaba á Iturbide, se temió un levantamiento, y se apresuró la ejecución; así es que al día siguiente salió del llamado palacio para la esquina de la plaza, donde estaba el suplicio. Allí dió sus disposiciones para el regreso de su familia, y la encomendó á la piedad de su patria. Eshortó en seguida á los mexicanos á la unión y á la concordia; perdonó á todos sus enemigos, y les deseó acierto y prosperidad. Hizo al Señor su última oración, y aguardó la muerte con tranquilidad. Los soldados que lo fusilaron lloraron de dolor y despecho. ¡Dios haya recibido su alma!

La familia del héroe de Iguala vive en los Estados Unidos. Su hijo el mayor lleva al pecho la cruz de Ayacucho, que ganó combatiendo por la independencia de Colombia á las órdenes de Simón Bolívar, y es actualmente secretario de la legación mexicana en Inglaterra. Beneski se suicidó.

En cuanto al general Garza, como llegó su hora final, habrá reunido en la eternidad con su víctima. El héroe y el verdugo han dado cuenta de sus obras á un tribunal mas justo y mas severo que el de los hombres. Lloremos sobre la tumba del desgraciado, y roguemos al cielo por el criminal.

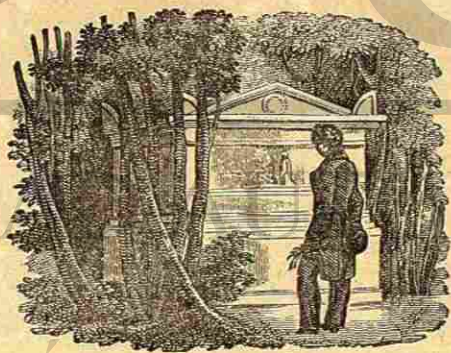
CONCLUSION.

Un día llegué á Padilla. El pueblo estaba casi desierto, y me pareció que la maldición del cielo lo agobiaba. Busqué al alcalde y tuve la fortuna de encontrar un hombre de buenos modales y algun talento. Como fué testigo presencial de la muerte de Iturbide, me contó algunas particularidades que unidas á los apuntes históricos que existen impresos, me han servido para formar este artículo. Me enseñó los sitios donde se desenlazó este drama histórico, que comenzó por un alegre grito de libertad, y concluyó con un lúgubre lamento de muerte. La sala donde se reunió el congreso para sentenciar al supuesto reo, es una galera de veinte varas de largo, sucia y lóbrega, y que entónces, lo mismo que ahora, estaba ocupada con algunos costales de maiz. El sitio es muy digno de los representantes que legislaban y juzgaban en él.

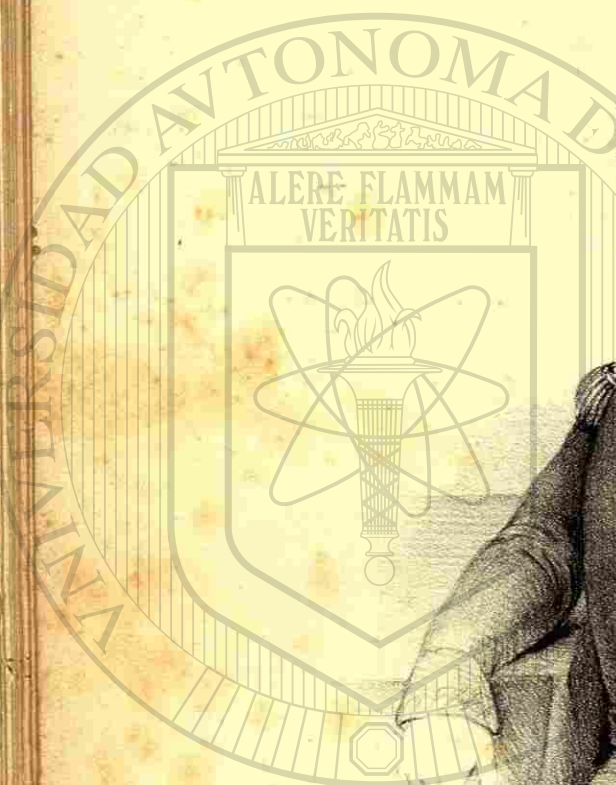
La pieza donde estuvo preso Iturbide es un cuarto estrecho con una alta

claraboya por donde recibe escasa y triste luz. Las paredes están llenas de letreros y rúbricas pintadas con carbon; pero entre esas líneas mal formadas se encuentra un barquito pintado. El alcalde me aseguró que este barco lo pintó el mismo Iturbide.

Del palacio nos dirigimos á una iglesita de adobe, que está amagando ruina. A un lado de la puerta estaban dos palos que sostenían una pequeña campana, y frente á la puerta de la iglesia una gran lápida sin inscripcion, debajo de la cual reposaban los restos del mártir de la independencia. En la esquina, que forma un jacal situado frente de la iglesia, se halla una cruz de madera clavada en un monton de piedras. En este sitio fué fusilado Iturbide. La cruz estaba cayéndose, por lo cual me entretuve en amontonar mas piedras y ponerla derecha, cavilando mientras en el destino que arrastra á los hombres desde un lecho de púrpura, hasta el camaranchon de un calabozo; desde el esplendor de un trono hasta la oscuridad de una sepultura.—Yo.

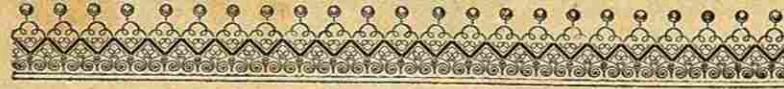


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL EXCMO S. G. D. MANUEL DAMIÁN Y TERÁN.

DIRECCIÓN GENERAL DE



EL RIO-BRAVO DEL NORTE.

UN SUICIDIO.

Y hoy, ¿donde el jefe está? ¿Donde está el sabio,
El campeón denodado,
Que allá en nuestras fronteras colocado,
El solo al extranjero detenía
Y un ejército entero nos valía?

José María Lacunza.



IENTRAS mas se registra la historia, ó se traen á la mente los sucesos contemporáneos, mas se convence uno de lo falsa, peligrosa y trágica que es la carrera de esos seres que se llaman hombres públicos, que aparecen en todas las revoluciones, en todas las batallas, en todos los acontecimientos, y que al fin mueren . . . y mueren sin gloria, sin ilusión, sin tranquilidad, qué sé yo . . . hasta sin esas palabras religiosas que la piedad cristiana arroja sobre el lecho de un moribundo, por mas infeliz que sea.

El hacer una anatomía de los sufrimientos morales de un hombre público, deberá ser un objeto demasiado vasto para Mr. Balzac, ese anatomista del alma, que sin fastidiar, ocupa

medio tomo con su terrible historia de Luis Lambert. En efecto, un hombre público que brilla, que se apaga, que vuelve á relucir, que vence, que lo derrotan, que tan pronto está circundado del aura del pueblo, como de los dictérios de una facción que rie en público, que llora en secreto, que estudia toda la vida para ignorarlo todo, que recorre las mil órbitas de una sociedad, que se roza en su paso con los cobardes, con los valientes, con los usureros, con los adulaadores, con los avaros, con los aspirantes, y que al fin no tiene mas que una fria tierra donde reposar; es un objeto grande, muy grande para la investigación de un filósofo.

Estas ideas poco mas ó menos me ocurrieron, cuando parado junto á una tápia derruida, que llaman cemen-

terio en Padilla, vi una losa sin inscripcion, sin adorno, una losa grosera, arrancada solamente del cerro, que pesaba sobre dos cadáveres. Iturbide que fué asesinado, y Teran que se suicidó. ¡Qué grandes y hermosos nombres! ¡ITURBIDE Y TERAN!!!

¡Cómo deseaba yo en aquel momento haber conocido y tratado íntimamente á aquellos hombres, saber las pequeñas particularidades de su vida privada y los grandes acontecimientos de su carrera pública! ¡Oh! decía yo, si tuviera datos, si hubiera participado de sus expediciones y peligros, yo escribiría su biografía; pero no como esas biografías descarnadas, insulsas y frías que vemos en los diarios, sino minuciosa, llena de esas interesantes pequeñeces que forman un todo grandioso, que jamas olvidan los hombres de Europa, cuando hablan de sus capitanes, de sus sabios y de sus artistas.

Pero dos verdades desconsoladoras vinieron á mi mente, á saber: Que esos hombres á quienes hemos visto y tratado, á quienes hemos observado, por decirlo así, en sus ruines pasiones y en sus ruines defectos humanos, no pueden tener jamas el atractivo y el entusiasmo que nos causa un Federico, un Pedro el Grande, un Napoleon.—Estos son colosos que se ven aun mas grandes de este lado del Oceano.—La otra verdad es, la de que muerto un hombre en México, quedan tan pocas trazas de su carrera, que casi es imposible caracterizarlo de una manera verídica é imparcial.

Sea como fuere, yo creo que cuando un hombre hace cosas que por mas sencillas y fáciles que parezcan, no ejecutan los demas, ese hombre es singular, ese hombre merece un recuerdo, una página en la historia, ó un distintivo que lo saque de esa con-

fusion social, en que deben quedar sumergidos los que no han tenido la energia para distinguirse en las armas, en las ciencias, en las bellas letras, y que su espíritu y su cerebro son medianos para hacer mal, y nulos para hacer bien.

Ergo, como el general cuyo cuerpo reposaba sobre el cuerpo del emperador, en la lejana sepultura de Padilla, tuvo muchas páginas brillantes en el libro de su vida, es preciso que bien ó mal le consagre unos renglones en esta serie de frios y mal forjados artículos que he querido llamar impresiones de viage.

La noche que el cura Hidalgo se pronunció en Dolores por la independencia, examinó seriamente su conciencia, y halló que no era ni general, ni coronel, ni aun simple soldado, sino únicamente un anciano cargado de achaques, y cuyo saber se limitaba á las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de las artes. Esta reflexion lo llenó de un profundo desconsuelo, pero á poco, echó de beber á los doce serenos que lo acompañaron en su atrevido pronunciamiento, y con una calma glacial, dijo: "La suerte está echada, y pagaré con mi cabeza; pero he arrojado una semilla que jamas arrancará la España." Desde este momento, como el viejo hablaba con el espíritu y la certeza de un profeta, se llenó de entusiasmo, y mandó repicar las campanas de su curato.

El vaticinio se cumplió.—Cayó la cabeza del cura y cayeron otras muchas, pero parecía que de cada tumba nacia un héroe, que de cada corazón helado por la muerte, brotaba otro corazón lleno de ardor y de entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno á otro extremo de bandidos despotas y de bandidos liberales, é inundado de la sangre de mexicanos y españoles,

se veían aparecer y lucir cada vez mas claros algunos genios que merecerán la veneracion, no solo de sus paisanos, sino aun de sus mismos enemigos.

Todas las cosas del mundo comienzan por un orden regular. La encina no nace ya robusta y corpulenta; como tampoco las facultades del hombre se desarrollan totalmente en su principio; así es que debemos comenzar por observar á un teniente coronel de artillería bien apersonado, instruido en la ciencia de su arma, y alegre y risueño con la íntima conviccion de que defendia una causa que habia de triunfar. Este gefe estaba por el año de 1811 en el rumbo de Oajaca, unido á las fuerzas independientes que habia por aquel país, y como es de suponerse, las escaramuzas se habian sucedido unas á otras, pero sin que se percibiese una ventaja conocida, hasta que Alvarez, que mandaba entonces la provincia de Oajaca, con mucha artillería, pertrechos y víveres, puso sitio al pueblo de Cilacayoapan. Un dia dijo Sesma, que mandaba las fuerzas independientes, al teniente coronel de que nos ocupamos:

—¿Sabe V. compañero, que vamos á ser destrozados por los españoles?

—Bien que lo sé, porque tienen mucha artillería.

—¿Y no discurre V. un medio de librarnos?

—Solo uno.

—¿Cuál es?

—Quitarles la artillería.

Sesma meneó la cabeza y volvió la espalda diciendo entre dientes, buena adivinanza la del teniente coronel.

La noche siguiente, con mucho silencio salió el teniente coronel con unos cuantos hombres decididos, se dirigió al lugar donde los enemigos tenían su artillería, al cuidado de un capitán llamado Perez, y cayendo de im-

proviso, comenzó él y su gente á repartir sendas cuchilladas y porrazos á diestra y siniestra. A poco salió la luna, y el teniente coronel vió que no habia ya ningun enemigo á quien ofender, pero sí muchos cañones que llevarse, lo que en efecto ejecutó.

Como los enemigos se vieron privados de la única arma útil para el ataque de plazas, levantaron humildemente su campo y dejaron á los sitiados en paz.

Sesma dió un abrazo al teniente coronel, y el congreso de Apatzingan le envió un escudo de honor.

Este hecho anunciaba que el teniente coronel entonces, seria despues el Escmo. Sr. general D. MANUEL DE MIER Y TERAN.

En el instante en que se dá el grito de rebelion, aunque tenga por causa la mas santa y justa del mundo, los vínculos que ligan al hombre con la ley quedan disueltos. He aquí por qué se necesita revolucionar con las conveniencias sociales y no con el entusiasmo de los hombres, con los intereses y no con el patriotismo, con las pasiones y no con la virtud. El que dude de esto, tómese la pena de recordar épocas, y no muy remotas, y se convencerá que es cierto lo dicho. Síguese tambien que los vínculos de la obediencia rotos, el caudillo tiene que lidiar no solo con sus natos y naturales enemigos, sino con la ambicion de sus adictos.

Sucedía esto con frecuencia en tiempo de la insurreccion, en que se veían unidos al parecer á los caudillos mexicanos para luchar por una misma causa; pero devorados en lo interior, del pensamiento de sobreponerse á los demas, y aun muchas veces querían abrogarse el derecho de mandar despóticamente sobre los otros gefes. Uno de estos era Rosains, hombre arrebatado, colérico, y hasta sanguinario

según se deduce de la historia de sus hechos.

Teran militaba á las órdenes de Rosains en la provincia de Oajaca, y aunque puede decirse que no estaba en todo acorde con sus ideas, lo seguía en sus expediciones, y llegó el caso de que arrastrado por su espíritu de obediencia, ó por otras causas que es difícil averiguar, se viese obligado á trabar, el 27 de Julio, una acción en las barrancas de Jamapan con un guerrillero llamado Luna. La lucha fué sangrienta, y los mexicanos desentendiéndose de su objeto, se mataron unos á otros delante de su común enemigo. Por desgracia esto se ha repetido con frecuencia de entonces acá.

Teran no era de esos hombres comunes que obran sin pensar, y que después que obraron no reflexionan; así es que, consideró naturalmente que había sido en ese lance un instrumento de los caprichos de un hombre, y no un campeón de su patria. Después de hecha esta reflexión, Teran ni amaba ni obedecía de corazón á Rosains, aunque lo siguió por de pronto á una expedición por el rumbo de Huamantla, en que se trataba también de batir á Osorno, otro cabecilla insurgente, que había negado la obediencia á Rosains.

Llegó pues una ocasión en que por uno de esos cambios infinitos de la guerra, se abocase Teran con el mismo guerrillero Luna á quien había batido, y llevara á cabo el proyecto que había concebido.

—Bastante desgracia fué, amigo Luna, que nos hubiéramos batido en las barrancas de Jamapan, le dijo Teran con una voz compungida.

—Eso mismo pensé yo cuando me fueron á atacar; pero V. vé que la defensa es natural.

—¿Y cree V. todavía que yo tuve

la culpa de que llegáramos á ese extremo?

—Yo....

—Vamos, amigo Luna, le interrumpió Teran, dándole afectuosamente una palmada en el hombro, yo he sido amigo de V. y además, reflexionará que una vez que he tomado las armas contra el gobierno español, no las había de convertir contra mis hermanos.

—El Sr. Rosains, contestó Luna, me ha asegurado que V. tuvo la culpa de todo, y luego como V. mandó la acción y....

—¿Rosains?... exclamó Teran mordiéndose los labios.

—Sí señor.

—Francamente quiero que me diga V., continuó Teran, si el hombre que promueve y fomenta la discordia, y hace que se asesinen hermanos con hermanos, es verdaderamente patriota.

—Creo que no, respondió Luna.

—Bien, ¿y V. estaría sujeto á las órdenes de un hombre semejante?

—No.

—Pues sepa V. que Rosains es el que ordenó batiera á V. hasta no dejarle un hombre.

—¿Rosains?... exclamó Luna.

—El mismo, dijo Teran, y por mi parte estoy resuelto á separarme de su obediencia.

—¿Es posible?... Pero....

—Si V. no me quiere ayudar en esta empresa, la acometeré yo solo, y si no puedo, me marcharé á mi casa.

—Luna se mordía las uñas, sin responder una sílaba.

—¿Con que no responde V., Luna? Acuértese que el pobre Martínez murió atravesado de balas por oponerse á la autoridad de Rosains.

—Eso mismo pensaba yo, y por lo cual no me parece acertado el plan de V.

—¿Y cree V., le interrumpió Teran,

que soy un niño que me dejaré matar impunemente? Cuando yo le digo á V. esto, es porque cuento con la tropa, porque podemos sorprenderlo de una manera segura, y en una palabra, porque la empresa no tendrá riesgo.

—En ese caso....

—Cuento con V. ¿no es verdad?

Luna presentó la mano, que Teran le estrechó, y ambos quedaron citados para la noche.

La mañana siguiente, que era 20 de Agosto, estaba Rosains en su cama con una gran montera de dormir y jurando como un cabo, por no sé qué falta de su asistente.

—¡Voto á Dios!, le decía, que te he de machucar la cabeza, pedazo de animal. ¿Por qué no has hecho lo que te ordené?

—El pobre soldado que estaba delante de su jefe temblando de miedo, apenas tartamudeó unas cuantas palabras. Rosains continuó:

—¡Voto á bríos! Todos vds. son una manada de animales que no andan sino á palos. Te prometo que te he de sacar mas de cuatro gotas de sangre. ¡Voto á bríos! que esta gentualla ha dado en perderme el respeto; pero ya se vé, lo mismo eres tú, que ese otro menguado de Osorno, muy ufano con sus hechos, y es mas bestia que un cabo escuadra. ¡He! márchate, ¡voto á bríos! ó te rompo la nuca con.... diciéndolo esto, se agachaba á tomar algún trasto con que ejecutar lo que decía; pero el soldado mas que de prisa dió la vuelta, abrió la mampara, y se presentaron á ese tiempo Luna y Teran.

—¡Voto á bríos! continuó Rosains, que me ha dado un buen desayuno este bribon asistente.—¿Qué se ofrece, que tan de mañana tengo á vds. por mi casa?

—Hay asuntos, le contestó Teran, que no ofrecen demora.

—¿Veamos cuáles?

—Ciertos hombres de genio violento y arrebatado, sirven mas para perjudicar á la causa de la patria que para defenderla.

—Y ¿dónde están esos hombres? interrumpió Rosains, frunciendo el ceño.

—No están muy lejos, continuó Teran con mucha calma, y por fortuna podemos deshacernos de ellos. ¿Le parece á V.?

—Sí, sí, me parece....

—Para no andar con mas rodeos, V. es uno de esos hombres, y por tanto venimos á prenderlo.

Rosains se incorporó á tomar el sable, que creyó estaba en la cabecera, pero Luna sacó un par de pistolas y se las puso al pecho, con lo que Rosains se quedó en la posición en que estaba, y dijo:—Mal hice en no romperle el alma á ese pícaro asistente que no puso la espada y las pistolas á mi cabecera. En efecto, el sable no estaba en el lugar acostumbrado, ni había otra arma por allí cerca.

—Es inútil la resistencia, prosiguió Teran, porque toda la tropa está de acuerdo, y no le queda á V. mas arbitrio que resignarse con su suerte; conqué háganos V. favor de vestirse, ó de lo contrario lo liarémos á V. con todo y colchon, y como un fardo inútil, lo dejarémos olvidado en el calabozo.

Rosains se puso encendido, se mordió los puños, y dijo:

—Muy bien, Sr. Teran. No creía yo que V. era un traidor.

—Hay muchas creencias que salen erradas: yo creía que V. era un buen patriota, y cuando me desengañé de lo contrario, he venido á quitar á V. de en medio, para que no perjudique al país.

—Sí, sí, fusilarlo es lo mejor, dijo Luna, con una voz bronca.

A estas palabras, Rosains dejó caer de la mano los pantalones que había tomado, y se puso pálido como la muerte.

—Ruego á V. que se vista, interrumpió Teran con mas dulzura, mirando el fatal efecto que habían hecho las palabras de Luna. En cuanto á la suerte de V., el traidor Teran se encargará de dulcificarla, tranquilícese V.

—Con esto, se recuperó un poco, y acabado que hubo de vestir, salieron los tres de la recámara.

D. Pablo Mendivil, hablando de Rosains, dice: "Fue entregado á Luna, conducido despues al Departamento de Osorno, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposicion del congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del secretario del Arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia."

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Cilacayoapan, fué el de un soldado valiente; y el que acabamos de referir anunciaba, que el soldado reunia el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen á mi modo de ver un gran militar.

En efecto, este acontecimiento, llevado á su fin con toda felicidad, proporcionó á Teran el quedar sin rival en el mando militar, aunque no escento de algunos temores, respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

No habían pasado dos meses del suceso que va referido, cuando una mañana muy temprano, salió Teran de su habitacion con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando frenético: "*que toquen generala; que toquen botasilla; que toquen asamblea; ¡á las armas! corramos*". Los soldados de la guardia creyeron que

su gefe se había vuelto loco, y no sabían que hacer, hasta que el cabo cuadrándose á su frente y con la mano en el casco, le dijo: "¿Qué ordena mi coronel?"

—Esta interpelacion sacó de su éxtasis á Teran; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco elasticidad, y recobrando su sangre fria, sonrió con los soldados, y le dijo al cabo: —tenemos que marchar hoy mismo, y cuento con mis buenos y valientes soldados.

—¡Viva nuestro coronel, ¡viva la patria! interrumpieron los soldados.

El coronel continuó: —Cabo, vaya V. en persona á decirle al mayor que venga al momento.

El cabo corrió á ejecutar la orden, y el coronel arreglando su vestido, echó una mirada de satisfaccion á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos dias, mayor. El mayor se inclinó. Tenemos que marchar en este momento á Teotitlán. Alvarez tiene sitiado á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese jóven que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—¿A qué horas se dá el segundo?

—A las once.

—¿Y el tercero?

—Cuando yo lo mande.

—Muy bien. ¿Tiene V. otra cosa que ordenar?

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de V., mi coronel.

—El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al día siguiente la pequeña tropa, que apenas se componía de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaría trabajo pasar aun á los

mismos leopardos y lobos. Los soldados estaban casi agonizando con la fatiga, y fuertes y acostumbrados á las penas, como eran, se les escapaban las lágrimas por el dolor que les causaban los guijarros y malezas que herían sus piés descalzos. El coronel iba á caballo y sumergido en una profunda meditacion. De repente dió orden de hacer alto á la tropa, y bajándose del caballo se quitó las botas, y descalzo comenzó á marchar al frente de sus valientes. En esta vez los soldados lloraron de ternura y entusiasmo.

—Adelante, adelante, mis bravos muchachos, exclamó lleno de entusiasmo; cuando se trata de sufrir por la patria, el soldado y coronel son iguales.

Los soldados reanimados, gritaron: —¡Viva el coronel! ¡Viva la nacion! y siguieron caminando por las rocas y precipicios con la agilidad de unos gamos.

—¿Qué sublime seria ver este puñado de hombres!

Aunque perdieron en la marcha mucha parte de sus fuerzas corporales, con el ejemplo de su gefe aumentaron las fuerzas de su espíritu, y en este estado acamparon con mucho silencio una noche cerca de las avanzadas del enemigo.

El coronel dió orden de que todos se mantuvieran con las armas listas, en espera de la señal de ataque, y tomando él un par de pistolas que se colocó en el cinto, se puso en camino para el campo enemigo, ya arrastrándose por los matorrales como una serpiente, ya deslizándose como una fantasma por los barrancos y desigualdades del terreno. Llegó en efecto á la avanzada y encontró á los soldados durmiendo, con la tranquilidad de unos canónigos. Bien, dijo él, estos soldados son excelentes para mi plan.

Continuó su camino, hasta que se colocó en una eminencia, donde con la claridad de la noche pudo ver solo á unos cuantos centinelas inmóviles como unas estatuas; aplicó el oído y ni un rumor humano se escuchaba; simplemente el graznido de las aves nocturnas turbaba el silencio del campo. Satisfecho con su observacion, se deslizó por un arroyo, y describiendo un medio círculo, para no pasar por en medio de la avanzada, vino á juntarse con sus soldados. Inmediatamente ordenó la marcha en hileras, y con un silencio increíble, y hasta conteniendo la respiracion, llegaron al sitio donde estaba la avanzada. Antes de que pudieran dar el grito de alarma, se vieron rodeados de los enemigos, y el sub-teniente Ezeta que mandaba el piquete, se vió asido del cuello por una mano robusta, que le hubiera á poco esfuerzo podido apagar para siempre la respiracion.

—Oficial, ¿quiere V. conservar la vida?

—Perdon, gracia, gracia, prorumpió el oficial despavorido.

—Silencio es lo que quiero, le interrumpió Teran. Si V. está quieto con su tropa, le prometo concederle la vida, y aun le permito que vuelva á roncar como un ganapan, á pesar de que es contra ordenanza.

—Todo lo que V. quiera haré.

—Bien. Cabo, dijo, dirigiéndose á un soldado robusto, quédate junto al Sr. oficial, y si acaso se mueve un soldado ó el chista palabra, lo clavás con la bayoneta.

Teran siguió en silencio su marcha, y luego que estuvo en la pequeña loma, mandó hacer fuego sobre el campo.

La luz de los fogones alumbró una porcion de bultos informes. Dada la primera descarga, avanzó con sable en mano y sus soldados tras él con

bayoneta calada. La confusion y gritería fué horrenda; pero quince minutos despues mandó tocar reunion, porque los seiscientos enemigos habian abandonado el campo á toda priesa. La fortaleza de Teofilán, que estaba á punto de rendirse, quedó salvada, y los dos Teranes se dieron un doble abrazo, porque el amor fraternal y el amor pátrio eran vínculos que los hacian amarse doblemente.

En estos tiempos azarosos, de agitación y de guerra, los acontecimientos se sucedían unos á otros, de manera que para el mes de Noviembre ya nuestro coronel, que se hallaba en Tehuacán, tenia noticia de la próxima llegada del congreso, que convocó en Chilpancingo el Sr. Morelos, y pensó seriamente que esta reunion, perjudicial en aquellas circunstancias, iba á darle bastante molestia, y á interrumpir el libre y violento curso de sus operaciones militares. En efecto, el 16 del referido Noviembre tuvo que salir á recibir al congreso, y como nuestro coronel era de maneras finas y afables, no mostró ninguna prevencion hostil contra los ambulantes diputados; pero sí determinó, para mayor seguridad de tan honorables miembros, el trasladarlos á una hacienda llamada San Francisco.

En cuanto á los gobernantes, gobernaban donde quiera que estaban, ya fuese en la ciudad ó en la aldea, en el bosque ó en el llano, y cuidaban á pesar de su inestabilidad, de ejercer su poder en todas y cada una de las oportunidades que se ofrecían, á la manera que el digno prevoste Tristán L'Hermite, armado de su garracha y escalera, administraba en todos los lugares la justicia en nombre de su augusto amo el Sr. Luis XI.

Bien que el congreso no ejerciera actos de crueldad y despotismo, sí daba multitud de decretos inoportunos

que embarazaban las operaciones militares, y que á creer lo que nos dice un historiador de conocido talento, causaron la ruina de Morelos.

Éstas y otras mas consideraciones vinieron á la mente del coronel, y pensó decididamente en hacer con la respetable asamblea lo mismo que habia hecho con nuestro buen conocido Rosains. Esta idea vino á ratificarse en su cabeza, cuando el superintendente de hacienda, bien conocido hoy entre nosotros por sus modales eminentemente bruscos y magníficamente groseros, trató de escigirle cuentas, y como se presumirá, no de la manera mas atenta.

—¡Rayo del cielo! dijo Teran. Es la cosa mas admirable del mundo que estos señores vengan desde el otro extremo de México á pedirme cuentas. Les daré cuentas de las balas que han silbado cerca de mi cabeza; de las lanzas que he visto cerca de mi pecho; de las hambres horribles que he sufrido en las montañas; de los soles ardientes que han tostado mi rostro; de los latidos que por la suerte de los buenos patriotas ha dado este corazon leal, incapaz de mancillarse con la vil codicia. Mayor, mayor, continuó con mucha agitación, es menester á toda costa deshacernos de esta reunion de locos que se llama congreso. ¿Le cabe á V. en el juicio que mis paisanos, que me han visto esponer mil veces mi cabeza, me traten de ladron? ¡Vive el cielo, Mayor, que podría á poco que quisiera, tener sus cabezas delante de mi ventana! . . . Y lo haré, sí señor . . .

El Mayor se estremeció, y el coronel habiéndolo advertido, prosiguió:

—Tiene V. razon, Mayor: su silencio me da á entender que no es V. de mi dictámen. Un momento de cólera me ha hecho prorumpir en mil necesidades. Si yo he de vivir en la histo-

ria de mi pais, no quiero tener una mancha de sangre que oscurezca mis pequeños sacrificios.

Por otra parte, esos hombres esponen tambien su cabeza por la patria, y no debe ser un mexicano el que la separe de su cuello.

El mayor se recobró un poco.

—Será conveniente quitarlos de enmedio, es decir, disolverlos de una manera pacífica, ponerlos presos por ejemplo unos dias, y despues dejarlos en libertad de que se marchen á sus casas . . . ¿Los muchachos están listos?

—La tropa, respondió el Mayor, está á las órdenes del coronel que la ha conducido tantas veces á la victoria.

—Siendo así, Mayor, daré á V. mañana mis instrucciones; por ahora necesito descansar un poco y meditar el plan que debemos seguir.

La mañana siguiente convocó una junta, y resultó de ella la disolucion del congreso y el nombramiento de un directorio ejecutivo, compuesto de los Sres. D. Antonio Cumplido, D. Ignacio Alas y D. Manuel de Mier y Teran.

Los miembros del congreso fueron arrestados, pero á los tres dias comenzaron á salir en libertad. Fué así como sin crímenes ni traiciones se vió elevado Teran en poco tiempo desde la esfera de subalterno despreciado por su gefe, al rango de magnate del gobierno provisional de la república.

Nuestro respetable historiador y anticuario D. Carlos Bustamante, al hablar de este acontecimiento, no puede menos de indignarse contra Teran, y de considerar este acto como un borron que empaña su gloriosa carrera militar; pero en esta vez, seáme lícito separarme, en uso de mi libre albedrío, de su opinion, y aco-germe á la de otro historiador mas a-

trevido y mas enérgico para pintar á las cosas y á los hombres. D. Lorenzo Zavala, hablando de este acontecimiento, se espresa así: "D. Manuel Teran se encontró embarazado con muchos mandones, despues de haber conseguido libertarse de uno, con el indulto de Rosains. Vió que una junta de clérigos y abogados, que se llamaban diputados de la nacion mexicana, pero que en realidad no eran mas que unos usurpadores de este título honorífico, nombrados los mas por sí mismos, sin siquiera las cualidades de valor y conocimientos que hacen tolerable la usurpacion, venian á poner obstáculos á sus empresas militares, y á causar en la provincia de Oajaca los males que ya habian hecho en la de México y Valladolid."

Que Teran tenia ideas liberales no cabe duda, puesto que sus acciones lo comprueban; pero conocia que en las circunstancias que guardaba la insurreccion del pais, no convenia aún el establecimiento de un gobierno democrático, bueno solo para cuando los paises están en tranquilidad y los hombres con el juicio y las virtudes necesarias para ocuparse con pacífica detencion de los intereses domésticos del pueblo; así es que pensó despues de la disolucion del congreso en establecer otra nueva forma de gobierno, que si bien reuniera la opinion de los independientes, no tuviera el poder de embarazar las operaciones de una guerra en que era necesario oponer una actividad igual á la de los enemigos. Sus ideas, buenas ó malas, no tuvieron acogida, pues los gefes á quien las comunicó las repelieron, y sus dos colegas se separaron del puesto, dirigiéndose al interior, con grandes riesgos y peligros personales.

Este golpe no desanimó á Teran: reflexionó que para ser algo en el

mundo, se necesita pasar por una serie de peligros y por una cadena de sinsabores y contradicciones, y una vez puesto en este camino áspero que conduce á la inmortalidad, aceptó gustoso la muerte que podían darle los enemigos, y la ingratitud con que preveía le pagarían sus conciudadanos. Con el mismo entusiasmo y ardor con que comenzó sus campañas, salió á otra nueva por el rumbo de Tepegi de las Sedas. Sabiendo que la plaza de Acatlan, donde mandaba el conde de la Cadena, se hallaba sitiada por las fuerzas de Guerrero, se aproximó y sostuvo con un cañon y alguna infantería, cuatro dias, un fuego vivísimo, hasta que supo que Samaniego se encaminaba á atacar á Tepegi. Voló, pues, en auxilio de su hermano que mandaba allí; pero los enemigos se habían retirado á la hacienda del Rosario, donde marchó á atacarlos, lo que en efecto ejecutó con un denuedo comparable con el de Alcibiades. La jornada dió por resultado la total dispersion de las tropas españolas mandadas por un gefe llamado Barradas. Esta escena se habia de repetir catorce años despues en las riberas del Pánuco.

Teran despues de esta feliz expedicion, regresó á Tehuacan, y desde allí dirigia continuamente guerrillas que interceptasen los convoyes enemigos y hostilizasen las fuerzas realistas; pero ya se ha dicho que Teran no era de esos hombres sanguinarios y bárbaros que mezclan sus hazañas con crímenes, y que el furor del partido ciega su vista y embota la sensibilidad de su corazon. Estaba íntimamente convencido de la justicia de la causa porque peleaba; pero esto no le hacia olvidar la justicia que tienen los hombres de reclamar de sus enemigos la observancia de las leyes divinas y humanas que señalan

los derechos de la humanidad en general. Esto en tiempos pacíficos y entre sociedades adelantadas en la civilizacion, nada tiene de singular; pero si lo era en la época de la insurreccion de México, en que tanto los gefes españoles como los caudillos mexicanos, se dejaban guiar muchas veces por un espíritu infernal que los arrastraba á cometer crueldades y asesinatos, propios mas bien de los remotos tiempos de Calígula y Neron, que de una sociedad del siglo XIX.

Conocido ya el carácter de Teran, debe creerse que cualquier violencia militar lo incomodaba demasiado, y una de ellas fué la de la noticia que tuvo del desenfreno é iniquidades del capitan Fiallo en el pacífico pueblo de Tepegi. Mandólo arrestar inmediatamente y formarle causa como era debido. Fiallo se mostró sumiso y resignado; pero aprovechándose de los quejosos y descontentos, que nunca faltan, formó una conspiracion dentro del mismo calabozo, que tenia por objeto asesinar á Teran y sus adictos; mas como veremos, sus proyectos se frustraron.

Una mañana entró Teran al calabozo de Fiallo, con el designio de tener una conferencia con él, y encontrar acaso algun medio de que la causa no se pusiera en un mal estado. Fiallo era valiente, y Teran estaba inclinado á salvarlo.

—Me acaban de decir, capitan, que V. solicitaba verme, y como justamente salí con esa intencion, el asistente de V. me encontró en la mitad del camino.

—Quería hablar á V. E., respondió el capitan, levantándose de una tarima donde estaba sentado, de los asuntos relativos á mi causa, porque espero que oyéndome V. se convencerá de que muchos de los crímenes que se me imputan son falsos.

—Mucho me alegraría de ello, le contestó Teran, y desearia con toda mi alma que saliese V. purificado, porque me ha merecido V. el concepto de valiente, y los excesos que ha cometido son propios de un cobarde.

El capitan se puso encendido y respondió:

—En cuanto al valor que tengo, tal vez pronto lo acreditaré á V. E.

Teran no entendió el sentido de estas palabras, y le respondió:—Sí, hará V. muy bien: si sale libre, debe lavar con hechos gloriosos la tacha que echó V. á su carrera.

A este tiempo Teran observó en la pared la sombra de un brazo armado con un puñal, y volviendo la cara, se encontró con que un soldado cruzado de brazos estaba detras de él.

—Hola!, y ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo te has introducido sin ser sentido? ¿Qué hace este soldado aquí, Sr. capitan?

El capitan cayó pálido y casi sin sentido en la tarima. Teran comprendió al momento que habia algun enigma en esto, y volviendo con mucha cólera á interpelar al soldado, lo tomó del brazo.

—Por Dios que si no me dices por qué estabas detras de mí y á qué has venido, te mando dar cuatro balazos en el acto.

El soldado trémulo, cayó de rodillas exclamando:—¡perdon! perdon!

—Vamos, levántate, y como digas la verdad, serás perdonado.

—Señor, yo venia á... matar á V., y al decir esto tiró por el suelo el puñal que tenia oculto.

—Hola!, continuó Teran, con calma y levantando el puñal del suelo, ¿con que este es el valor que queria V. darme á conocer, Sr. capitan?

El capitan, pálido, con los ojos desecados y la boca entre abierta murmuró unas palabras ininteligibles.

Teran entonces dijo con indignidad al soldado:—Olvida para siempre que te has encontrado frente á tu gefe con un puñal en la mano, y márchate, que no quiero saber tu nombre, porque en un acto de debilidad podría vengarme. El soldado salió temblando.

—En cuanto á V. Sr. capitan, la ley lo castigará con el suplicio destinado á los cobardes asesinos.

El capitan fué fusilado á pocos dias. Despues de este acontecimiento, Teran tuvo multitud de lances de guerra, pero ya la fortuna se habia cansado de protegerlo, y sufrió una derrota; esperiméntó crueles padecimientos en la expedicion que intentó á Goazacoalcos.

Despues de refidas y desastrosas acciones, capituló en 21 de Enero de 1817, con Bracho, y éste entró en posesion de Tehuacán y Cerro-Colorado, que eran los puntos mas fuertes de los insurgentes. Teran, despreciando con la dignidad de un héroe, las ofertas que por parte del gobierno español se le hicieron para colocarlo á él y á sus hermanos, se retiró á Puebla, donde vivió algun tiempo en la oscuridad y en la pobreza, desengañado de que son humo esas ambiciones y sueños que los hombres apellidan gloria; pero nunca arrepentido de haber luchado con tanta constancia, valor y honradez por la causa de México.

Como este artículo es solamente un recuerdo de uno de los militares mas valientes, sábios y honrados que ha producido México, se me permitirá transportarme hasta la segunda época de su vida, que comienza el año de 1827, en que nombrado comandante general de Provincias Internas, salió de la capital de la república á llenar la mision impuesta á su talento, ya que habia cumplido la que Dios le señaló á su valor en la lucha de la liber-

tad de la mas hermosa porcion del mundo de Colon.

El general Teran, porque ya entonces era general de brigada, partió pues con el placer de que dejaba tras sí esa multitud de partidos, ese palacio de México, donde como en una caldera hierven los odios y las pasiones políticas, y que iba á sustituir á las imágenes sangrientas y horribles de la guerra, las dulces contemplaciones de los astros del cielo, y de los prodigios de la tierra. No se equivocó. Las Provincias Internas no habian experimentado muchos vaivenes en tiempo de la guerra de independencia, así es que, en el año de 1827 todavía se encontraban con esa rústica moralidad, con ese candor primitivo de las colonias, con esa paz interior, con esa calma y tranquilidad que tanto simpatizaban con un hombre que buscaba ya sus ilusiones en la ciencia, y que cansado de combatir á tantos enemigos, de destruir tantas intrigas y de lidiar con todo género de caprichos y pasiones, solo queria la sincera amistad de los libros y el silencio de las aldeas.

Matamoros entonces no se hallaba como hoy, con un primoroso edificio en la plaza (*), con una calle elegante (†), y con una multitud de mejoras y reformas; pero en cambio, el comercio era mas activo, la usura no se conocia, y las muchachas frescas, blancas, mórvidas, que pueblan las orillas del Rio-Bravo, bailaban candorosas, risueñas, alegres, casi todas las noches, en la puerta de sus felices jacales, al son de una tambora y un violin. Esto era precisamente lo que queria el general Teran, una poblacion nueva, sencilla, pacífica, á quien crear, proteger y engrandecer. Las tierras fronterizas del Norte, tienen siempre enci-

(*) La casa de la Sra. Doña Juana Garza de Perea.

(†) La llamada del Comercio.

ma la horribleplaga de los salvajes; así es que la felicidad y calma de aquellas vastas soledades, venia de vez en cuando á ser turbada por el silbido de un pito, por los ladridos de los perros, ó por la fuga de la caballada, todo lo cual era seguro anuncio de la proximidad de esos hombres del desierto que eternamente se vengan de los ultrages que reciben, y del menosprecio con que nosotros, hombres de frac y levita, los miramos. Pero el general Teran procuró en el acto reorganizar las compañías presidiales, animar á los vecinos, y poner cuantos medios estaban á su alcance para restablecer la confianza y asegurar la existencia de las familias, apartadas en los bosques y desiertos de la frontera. Esto era obrar como un padre, y no como un comandante militar.

Por lo demas, fué una era de felicidad, que recuerdan con ternura los habitantes de Matamoros. La tropa que tenia á sus órdenes el general Teran, no era altanera y viciosa, no se mezclaba jamas en los asuntos y querellas del pueblo, no robaba ni el oro, ni la castidad de las mugeres, y cumplia con toda la filosofia de su institucion. No es esageracion lo que voy á decir, porque hay todavía muchos testigos que pudieran desmentirme.—En Matamoros y en las Villas, se dormia con las puertas abiertas, y ni un solo pañuelo se perdia.

En cuanto á Tejas ¡oh! Tejas era la adoracion del general Teran. Aquellas vastas y verdes llanuras, aquellos bosques de nogal y roble, aquellos rios, anchos, magestuosos, á la vez que risueños, eran su encanto y embeleso. No hubo rio que no sondeara, bosque que no reconociera, floresta ni playa que no hubiera visitado. Lo acompañaban en sus expediciones el coronel Noriega, que era su secretario, y los individuos que com-

ponian la comision de límites, que eran D. Constantino Tarnava, teniente coronel de ingenieros y excelente matemático; D. Rafael Chowell, hermano de ese héroe joven que fué mandado decapitar en Granaditas, y D. Luis Berlandier, conservador del museo de Ginebra, y que por amor al general Teran y á esos fértiles campos de Tejas, renunció su carrera y sus derechos de ciudadano suizo, por tomar los de ciudadano mexicano.

Quien hubiera visto á esta reunion de hombres civilizados, vagando por los desiertos y entre las tribus bárbaras, les habria tenido compasion. Pero no, estos hombres con sus telescopios, con sus teodolitos, con sus sesantes, con sus libros y cálculos, eran felices, y muy felices, descubriendo nuevas familias á las plantas, nuevas clases á los peces, y encontrando en la hora de la salida del sol, en el medio dia, en la tarde, en la noche, nuevos atractivos y nuevas ilusiones en la naturaleza y en los cielos.

Todas las veces que yo he platicado con estos señores, los he visto casi llorar con el recuerdo del general Teran y de esas academias literarias y científicas en medio de los bosques y desiertos de Tejas; y en las diferentes posiciones que hoy guardan en la sociedad, he conocido que cambiarían gustosos su tiempo presente por el pasado, y volverían á errar por esas vastas y hermosas soledades. En efecto, llegar á un pais virgen, ser el primero que comprende y que ve los encantos de una naturaleza hermosa é ignorada, plantar los cimientos de una choza, sembrar los pequeños arbolitos al derredor, criar, educar, por decirlo así, á la tierra salvaje, es una clase de ocupacion tierna, interesante, y que no se puede comprender mas que por aquellos que ejecutan estas empresas.

Y no se diga que el general Teran vagó sin utilidad y objeto por las Provincias Internas. Cada paso que daba era una observacion. Levantó planos, formó itinerarios, marcó exactamente el curso de los rios, sondeó las barras y bahías, indagó las costumbres y usos de las numerosas tribus bárbaras que viven en Tejas; fundó poblaciones, dictó ciertas reglas para el manejo de los colonos que existian; concilió los intereses de éstos con los de los mexicanos, y proveyó cuanto era posible en un pais nuevo, á las necesidades y seguridad de los que lo habitaban. El general Teran fué en la estension de la palabra, un sábio como Arago, y un político como Guillermo Penn.—No me atrevo á decidir cuál sea la época mas gloriosa del general Teran, si la de sus trabajos militares en Oajaca, ó la de sus trabajos científicos en Tejas.

En Septiembre de 1829, luego que supo el desembarco de los españoles en Cabo-Rojo, voló á su encuentro, sin que tuviese aun orden para ello, pues comprendió que un soldado no necesita de órdenes cuando el enemigo exterior invade el suelo de su patria.

Bien que en el capítulo anterior háyamos visto que la fuerza del genio y el favor de la fortuna dió al general Santa-Anna el completo triunfo, Teran tuvo mucha parte en tan honrosa y completa victoria. Sus medidas prudentes y enérgicas, su oportuna situacion en el paso de Doña Cecilia, su denuedo y sangre fria, contribuyeron á dar á conocer al enemigo, que por mas desorganizado y dividido que estuviera el pais, habia soldados valientes, aleccionados ya en la guerra, y gefes que con entusiasmo estaban decididos á recoger los verdes laureles de una victoria, ó á ecshalar por su patria el postrer aliento en las solitarias playas del Golfo.

Fué sin duda Dios que se apiadó de la suerte de México, el que preparó se reuniesen en Tampico dos generales que con opuestos elementos y disposiciones para la guerra, afianzaron para siempre la independencia de la república.

En cuanto al general Teran, grabó en esta jornada el penúltimo y mas glorioso capítulo de su vida. Su espada no habia de desenvainarse ya, sino para herir su propio corazon.

Después de firmada la capitulación y tranquilizada perfectamente aquella parte del país, regresó á Matamoros, y siguió, según entiendo, en sus expediciones á Tejas y en sus indagaciones y progresos científicos. Juzgo que los dos años que transcurrieron desde la acción de Tampico hasta su regreso á Padilla fué feliz, si es posible que el hombre sea feliz luchando con esta misera y caprichosa naturaleza humana. Si juzgamos aparentemente, un hombre que lidió como un valiente por la libertad de su patria, que mantuvo constantemente su dignidad y energía, que se conservó limpio y puro en medio de la corrupción política, que siguió á la independencia, y que habia empleado el último tercio de su carrera en las sabrosas ocupaciones de la ciencia, parece que debia encontrar grandes motivos de satisfacción y de tranquilidad. Pero no era así, como veremos.

A fines del año de 1831, se hallaba por las haciendas de los Sres. Quinteros, en Tamaulipas, y entretenia una correspondencia con algunas de las personas mas notables de México. Un trozo de una carta que dirigió al Dr. D. José María Luis Mora, dá á conocer sus ideas. (*)

(*) Véase la página LXI del tomo primero de las Obras sueltas de D. José María Luis Mora.

“Yo no soy político, ni me gusta esta carrera, que no trae sino cuidados y enemistades: mi profesion es la de soldado, y mis gustos son por las ciencias que proporcionan una vida pacífica, instructiva y agradable. El tiempo que ha transcurrido desde el año de 1828, que me separé definitivamente del torbellino político, ha sido para mí el mas útil y agradable, porque he aprendido mucho y porque nadie puede quejarse de mí: mis enemigos han olvidado sus pretensiones agravios, y mis amigos me han conservado su estimación...”

Es imposible dejarse de estremecer al copiar estas líneas y reproducir estos pensamientos. ¿Cómo un hombre que tenia tan íntima conciencia de su honrado manejo político, se suicidó en un desierto, sin querer escuchar en sus últimos momentos ni la voz de sus amigos, ni las oraciones consoladoras de la religion? Esto no prueba mas, sino lo incomprendible que es la naturaleza del hombre, y que ya sea político, ya literato, ya científico, debe dejar en su corazon cierta dosis de ese bálsamo consolador de la religion cristiana, que lo sostiene y alivia de los dolores que causa en su alma la maldad é inconsecuencia del mundo.

Ya que es preciso llegar al fin de mi capítulo, lo haré antes que la paciencia abandone á los lectores. Si fuera un romance, sin duda alguna no mataría á mi héroe; pero como escribo con la historia en la mano, y delante de testigos, fuerza es ajustarme á la verdad.

Amaneció en Padilla el día 2 de Julio de 1832, diáfano, radiante, hermoso. El cielo estaba azul, los árboles verdes, los pájaros y urracas alegres en demasía, el rio cristalino, las flores amarillas, haciendo brillar en su cáliz las gotas de rocío, las cañas valanceándose suavemente al impulso

de una brisa fresca. Todo respiraba vida, todo daba evidentes señales de que el aliento de Dios habia llegado á la naturaleza. Solo dos cosas formaban contraste con esta escena, y eran, el pueblo de Padilla, solitario y apático, con sus casucas destruidas y sus cenicientos paredones de adobe, y la alma del general Teran, agobiada con el fastidio, y devorada con una idea fatal, diabólica.

Salió de la casa donde estaba alojado, que era la misma donde habia pasado Iturbide sus últimos instantes, y se dirigió á las orillas del rio. Allí vió aquella calma de la naturaleza, aquella dulce melancolía de la soledad, y agitado con su funesta idea, se quedó inmóvil como una estatua. A poco salió de su meditación y exclamó:

—Soy un hombre desgraciado, y los desgraciados no deben vivir sobre la tierra. Sonrió amargamente, y se alejó á pasos lentos de las frescas orillas del rio.

¿Por qué era el general desgraciado? Quién sabe. Por la misma razon que es desgraciado el magnate sentado en su silla de terciopelo y oro, recibiendo los inciensos y las lisonjas de los cortesanos, el rico lleno de lujo y de esplendor, y el jóven que gasta su vida entre el vino y las orgías. En cuanto al general Teran podríamos ver algunas de las causas que lo tenían disgustado.

Al retirarse del rio, se encontró con su secretario el coronel Noriega, y con un semblante risueño lo saludó.

—Juzgué, mi general, que podia V. haber venido por aquí, y me dirigí á encontrarlo.

—En efecto, la mañana está hermosa, y las orillas del rio bastante frescas. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—Nada, absolutamente.

—Bien, iremos á almorzar, aunque no tengo mucho apetito.—Los dos se dirigieron á la casa, y el general almorzó con tranquilidad.

Guardó un rato de silencio, y á poco dijo en un tono melancólico:—Estamos muy mal: el horizonte político se oscurece cada vez mas, y el resultado va á ser la pérdida de Tejas, de Tejas, coronel, donde tanto hemos trabajado, donde nuestra cabeza se ha encanecido recorriendo sus bosques y florestas. ¡Oh! daría yo mi vida entera porque en México conocieran cuán hermosa y fértil es esta tierra. Pero nadie se acordará de ello, porque con verdad, los hombres por allá tienen bastante en que entretenerse con sus intrigas y su ambición.

—Pero V., Sr. general, contestó el secretario, tendrá probablemente la mayoría de sufragios para la presidencia, y entonces podrá remediar los males que se temen.

—Es una locura, replicó el general: ¿cree V. por ventura que en ese palacio se puede pensar con la libertad que lo hemos hecho en nuestros desiertos? ¿Cree V. que esa turba de hombres que cerca al gobierno, deja penetrar un rayo de verdad al salón del presidente? ¿Cree V. que la honradez y la buena intencion son bastantes para acallar ese torrente de ambición y aspirantismo? ¿Juzga V. que la moderación y lenidad serian bastantes para destruir el odio de los partidos, y formar de esos bandos que se chocan y se asesinan, una nacion de afectuosos hermanos y de sinceros republicanos?—Créame V., coronel, he pasado por bastantes alternativas en el curso de mi vida militar y política, y he adquirido una sola ciencia cierta é infalible, y es, la de que un hombre que gobierna una nacion sin educación y sin virtudes, no puede descender del puesto mas que con el o-

probio y el desprecio de sus conciudadanos. Si cumple exactamente con la ley, lo llaman tirano; si adopta el partido de la lenidad, lo tachan de imbécil. Cada partido quiere su triunfo exclusivo; cada hombre sus conveniencias e intereses, y el que gobierna no puede saciar tantas ambiciones. En cuanto á esas pobres gentes, que los modernos publicistas han bautizado con el nombre de *masas*, sufren con paciencia cuantas estorsiones les infiere desde el primer magistrado hasta el grotesco alcablero; pero esas *masas* arrojan maldiciones sobre el que manda, y esas maldiciones, como un veneno, corroen el corazón y llenan de hiel todos los instantes de la vida.... Este es un presidente; esta suerte se me esperaba á mí, y vería, sin poderlo remediar, perderse á Tejas, á Tejas que me ha costado tantos desvelos y tantas fatigas....

Hubo un momento de silencio en que ni las moscas se atrevieron á volar.

.... En cuanto á estos libros y á estos instrumentos, continuó, desviando con desden unos mapas que estaban sobre la mesa, digo á V. con mi corazón, que no solo nada valen, sino que crían en el alma una ambición y un orgullo, comparable solo al de Lucifer. Cinco años me ha visto V. estudiar día y noche.... y hoy.... nada sé, nada, porque el hombre es muy miserable y muy pequeño; y.... demos puntos á estas reflexiones, que me ponen casi fuera de juicio.... Arreglemos estos papeles, porque esta mesa está llena de estorbos, y además, nada se pierde con que todo esté en su lugar, porque no sabemos la suerte que correremos en la revolución; porque, no lo dude V., la revolución está al estallar, y Tejas se pierde. Al concluir esta frase,

suspiró profundamente, y ambos se pusieron á arreglar los papeles, mapas y libros que había esparcidos por la mesa.

Por la tarde el general Teran salió á dar un paseo. No quiso ir á la orilla del río, y así después de vagar un rato, vino á encontrarse involuntariamente delante del sepulcro de Iturbide. Se paró, y como una estatua estuvo clavado con los ojos fijos en la piedra que cubría el cadáver del caudillo de la independencia. Al fin prorumpió en mil exclamaciones:—¡La inmortalidad! ¡Dios! ¡El alma! ¡Qué quiere decir todo esto!.... Pero, bien, todo lo creo, ¡mas por qué el hombre no ha de tener derecho de salir de su miseria y de sus dolores? ¡Por qué ha de estar encadenado eternamente con una existencia llena de fastidio? Y este espíritu que me anima, que mueve mis miembros, que llena mi cerebro de ideas, ¿dónde irá?... Veremos: el espíritu está incómodo, él me manda que lo liberte, y es menester hacerlo. De repente se contuvo horrorizado, los cabellos se erizaron en su cabeza, un horrible calor-frio se apoderó de su cuerpo, y un vértigo fatal le acometió, de suerte, que la pequeña iglesia que tenía delante le pareció que crecía como una fantasma; que el mezquite que estaba cerca, giraba en su derredor, y que un espectro lívido, ensangrentado, crugiendo sus huesos, le decía con una voz espantosa: "*He aquí el fin de las grandezas humanas y el término de la ambición.*"

Cuando Teran entró en su casa, estaba pálido y algunas gotas de sudor helado caían por su frente.

El coronel Noriega le dijo:—Sr. general, parece que está V. enfermo.

—Es poca cosa, amigo mío. Un ligero desvanecimiento me acometió,

pero va calmándose; el asistente le trajo un vaso de agua y bebió unos tragos.

Cerca de las nueve se acostaron todos. A la media hora un ligero quegido se escuchó; el coronel Noriega dijo desde el catre en que estaba acostado:—¡Sigue V. enfermo, señor!

—No es nada, me siento bueno. Sin duda estaría soñando. El general se había metido entre las costillas media pulgada de un estoque; pero temiendo comprometer á los que dormían en su cuarto, desistió por entonces de su idea.

A la mañana siguiente salió á las siete, muy en silencio, dió una vuelta por la plaza, y encontrando en la puerta del cuartel á un cabo de la compañía presidial de Aguaverde, le dijo:

—Si tu general muriera, ¿qué harían vds.?—Otro reemplazaría á V. E., le contestó el cabo con una rústica sencillez.

—Esta respuesta lo confirmó en su

propósito, y dando algunas vueltas y revueltas para no ser visto, se dirigió detrás de una pared arruinada que estaba frente á la iglesia; allí apoyó el puño de su espada contra una piedra y la punta contra el corazón. Hizo un esfuerzo, sus ojos se cubrieron de una nube sangrienta, vaciló un momento, ecshaló el último y doloroso quegido, implorando sin duda la misericordia Divina, y cayó sin vida traspasado de parte á parte con la espada.

Por la noche, cuando la única y triste campana de Padilla daba el toque de ánimas, un cadáver lívido, cubierto con un lienzo blanco, estaba tendido con cuatro velas en el salón donde el congreso de Tamaulipas decretó la muerte de Iturbide.

Era el valiente patriota, el hábil político, el profundo matemático, el Escmo. Sr. general de división del ejército mexicano, D. MANUEL DE MIER Y TERAN.—YO.



LIBRARY OF THE
BIBLIOTHECA
DALL'AUTONOMA
GIORGIO VALLI